EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

CLASES DE ADORNO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO SANCHEZ PÉREZ.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1887.

AUMENTO Á LA ADICIÓN DE 1.° DE AGOSTO DE 1886.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Á casa... que llueve	1	D. Ayllón López	Todo.
¿Central?	1	Adolfo Llanos	»
El Conde Lotario	1	José Echegaray	»
En la pendiente	1	F. Javier Santero	»
Esperanzas	1	F. Javier Santero	»
El tarjetero de marfil	1	Mariano Vallejo	»
Entre el amor y el deber	1	José Soto Pedreño	»
La boda de mi criada	1	E. Segovia	»
La lista grande	1	M. Echegaray	»
Los demonios en el cuerpo	1	M. Echegaray	»
Los sinapismos	1	Ricardo Blasco	»
Patria y libertad	1	Márcos Zapata	»
Quedarse en tierra	1	Eduardo Navarro	»
La señora de Matute	2	Navarro	Mitad.
Dos fanatismos	3	José Echegaray	Todo.
El cazador de Aguilas	3	Rossendo Arus	»
El doctor Lorenzo	3	Rossendo Arus	»
El nuevo Tenorio	3	Bartrina y Arus	»
La doctoresse	3	Ferrier y Boccage	»
La huella del crímen	3	Rossendo Arus	»
Las aves de rapiña	3	Sres. Arus y Vidal	»
Los caballeros del hierro	3	Juan Artan	»
Tête de Linotte	3	Barriere y Gondinet	»
Vivir en grande	3	Miguel Echegeray	»
Felipe Derblay	4	Georges Ohnet	»

ZARZUELAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde
Chin-Chin	1	Sres. Perrín, Palacios y Nieto.	L. y M.
De Lavapiés á Galicia	1	Arango y Viaña	L. y M.
Dos viruelas á la vejez	1	Emilio Ramos	L.
El cuento del año	1	Eduardo Navarro	L.
El club de los feos	1	Perrin y Palacios	L.
El figón de las desdichas	1	Antonio Llanos	L.
El grito del pueblo	1	Granés y Cereceda	L. y M.
El oro de la reacción	1	Fernandez. Caballero	M.
Juanito Tenorio	1	Manuel Nieto	M.
Juegos Icarios	1	Manuel Nieto	M.
La Lolilla ha parecido	1	E. Sanchez Seña	L.
Manicomio político	1	Eduardo Navarro	L.
Modus-vivendi matrimonial	1	Manuel Nieto	M.
Toros embolados	1	M. Nieto	M.
Tres y re pique	1	E. Navarro	L.
Tula	1	Rafael Taboada	M.
El estudiantillo	3	López Ayllón	L y M.
Las amazonas del Gauges	3	Casademunt	1/2 L.
Manolito el Rayo	3	López Ayllón	L. y M

CLASES DE ADORNO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.

Estrenada en el Teatro de la PRINCESA, el 30 de Marzo de 1887.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
Atocha, 100, principal.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA JUANA	Doña Josefa Guerra.
MERCEDES	Srta. Mendoza Tenorio.
NIEVES	Sra. Lamadrid.
ANTONIA	Sra. Mavillard.
D. JÁIME	Sres. D. Emilio Mario.
ALBERTO	Sánchez de León.
LUIS	Fornoza.
PERICO	Rosell.

La acción se verifica en Madrid y en casa de doña Juana.—Época actual.

AL SEÑOR

DON EMILIO MARIO.

Recuerdo de su admirador y amigo

EL AUTOR.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de paso lujosamente amueblada: la forma se supone octogonal: puerta al foro que comunica con el exterior. En el chaflán izquierdo, balcón practicable, en el cual habrá macetas: en el chaflán derecho, puerta que da al escritorio. Á la izquierda puerta lateral que conduce al cuarto de estudio de Mercedes y otra que comunica con la habitación de Doña Juana; á la derecha otra puerta que da entrada al despacho de Alberto.

El adorno de la sala se deja al arbitrio y al buen gusto del Director de escena. Es necesario que entre los muebles haya una mesa ó *entredós* suficientemente altos para que sea posible que una persona escriba sobre él hallándose de pie.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES y ANTONIA.

MERC. (Asomada á la puerta de su cuarto.)

ANT. (Mirando por el balcón y con una regadera en la mano. Á Mercedes.) Ya está allí, señorita.

MERC. (Dirigiéndose al balcón y mirando.) Déjame la regadera y vete. (Toma la regadora y riega.)

ANT. Pero, señorita, ¿Qué hace usted?

MERC. Riego las macetas.

ANT. Mire usted que cae el agua á la calle.

MERC. ¿Qué importa?

ANT. (Riendo.) Que riega usted á los que pasan.

MERC. ¡Bah! Á estas horas no andan todavía por las calles muchas personas distinguidas.

ANT. No es razón para que usted las llene de agua. Además, el municipal echará la multa.

MERC. Eso no es cuenta tuya; tú no la has de pagar.

ANT. Cierto.

MERC. Vete.

ANT. (Sonriendo con aire confidencial.) Sí, me voy; ya sé que los enamorados gustan de estar solos.

MERC. (Muy seca.) Ni estoy enamorada, ni cuando lo estuviera, serías tú la confidente de mis amores. Nunca te he dado pie para estas libertades.

ANT. (Confusa.) Señorita, yo....como...

MERC. Basta. Arregla mi cuarto de estudio, no debe de tardar ya la señorita Nieves. Y no te olvides nunca de que yo puedo estimar poco ó mucho á mis criadas; pero no escojo entre ellas mis amigas.

ANT. (Ap.) (Vanidosa.) (Vase.)

ESCENA II.

MERCEDES sola.

Hablando mientras riega.

Como no se tenga muy á raya á estas chicas se toman unas confianzas: si parece que todos somos unos. ¡Pues no faltaba más! Ya está ahí la profesora. (Suenan horas en un reloj.) Las diez: no podía menos: Nieves es más exacta que el reloj. (Haciendo como que saluda á alguien que está en la calle.) Hasta luego, amigo. (Riendo.) ¿Qué dice? ¡aaah! me pide una flor. ¿Y por qué no? Á quién tantas me dijo anoche en casa de la baronesa, bien puedo devolverle una. Allá va. (Tirando una flor.)

Ha ido precisamente á darle en la narices. Es una flor discreta que ha elegido bien su camino. (Mirando.) Vamos, la cogió: já, já, já, se la lleva á los lábios, la estrecha contra el corazón: me parece oirle decir: «Aquí la guardaré toda mi vida.» Encuentro todo esto verdaderamente cómico.

ESCENA III.

MERCEDES y NIEVES.

NIEVES. (En son de reprimenda cariñosa) ¡Ah! pícara. Yo que esperaba encontrarla estudiando las escalas, me la encuentro regando los tiestos.

MERC. (Sonriendo.) ¡Ay! No comience usted á reñirme tan pronto; hoy necesitaré de toda su indulgencia.

NIEVES. (Sonriendo también.) ¿Hemos estudiado poco?

MERC. Poco... precisamente...

NIEVES. Vamos, nada.

MERC. Crea usted que no he tenido yo la culpa. Es que, no sé como se arreglan las cosas, no me queda tiempo para nada.

NIEVES. (Indicando con mirada irónica las flores.) Ya lo veo.

MERC. ¡Bah! No se burle usted. Esto de regar mis macetas me ocupa muy pocos minutos y es cosa que los criados nunca hacen bien. Las pobres flores necesitan cariño y cuidados.

NIEVES. El piano, necesita también cuidados y cariño.

MERC. Pero sí... Verá usted, aunque se quiera no es posible. Es lo que yo le decía ayer á mamá: Sería preciso que una se dividiese en tres ó cuatro... y aun así, no podría acudir á todo. Ahora el piano, después el canto, en seguida el dibujo, á la tarde el francés á continuación el italiano... después... Vamos, Nieves, no me guarde usted rencor: prometo ser buena muchacha, y estudiar.

NIEVES. Lo celebraré: yo deseo, es un deseo muy natural que

salga usted de mis manos excelente pianista. Cosa fácil, con las condiciones que usted reune para serlo.

MERC. ¿Es de veras?

NIEVES. De veras.

MERC. (Como dudando.) ¡Bah!

NIEVES. Puede usted creerme. Gusto muy poco, es decir, no gusto nada de lisonjas; pero, es la verdad: muchas veces he pensado que usted ganaría mucho siendo muy pobre.

MERC. Nieves, por Dios, ¿tan mal me quiere usted?

NIEVES. ¡Oh! no; al contrario; usted es artista, verdadera artista. Inteligencia, corazón, facultades... Si lo que hace usted por capricho ó por moda, lo hiciese por necesidad, pronto brillaría usted.

MERC. Já, já, já. ¿Usted cree?...

NIEVES. Sí: tiene usted en esa cabeza y en estas manos (Estrechándoselas.) una fortuna.

MERC. Por de contado, con mucho tiempo.

NIEVES. Eso sí: con mucho tiempo y con muchísima aplicación; esto sobre todo.

MERC. ¡Tiempo! ¡aplicación! Precisamente dos cosas que yo no tengo.

NIEVES. ¡Bah! Á ser necesario, ya encontraría usted lo uno y lo otro. Aquí me tiene usted á mí que—sin modestia—estoy muy léjos, muchísimo, de reunir las aptitudes que á usted adornan; jamás pensé utilizar mis conocimientos musicales... y ¿qué habría sido de mí sin ellos?

MERC. ¿Es decir, que usted no se dedicó desde un principio á ser profesora?

NIEVES. (Sonriendo.) No por cierto: aprendí por gusto; capricho de mis padres. Y era casi tan desaplicada como usted.

MERC. Ya. (Queda pensativa.) No sé porque se me figura que ha de haber en la historia de usted cosas verdaderamente dramáticas.

NIEVES. (Riendo y dándola un golpecito cariñoso con el abanico.) ¡Esa imaginación! ¡Esa imaginación!... Cuando digo á usted

que es artista. Ya hizo usted una novela á mis expensas.

MERC. ¿Pero... me equivoco?

NIEVES. De medio á medio.

MERC. Pues ..

NIEVES. Nada hay en mi vida que no sea pura prosa: huérfana á los diez y ocho años, casada á los veinte, viuda á los veinte y dos, hube de buscar en el ejercicio de esta profesión, en la cual hay siempre para la mujer más espinas que flores, el sustento mío y el de mi hija. Como usted ve, querida poetisa, mi novela no puede ser menos interesante.

MERC. (Sigue pensativa.) Pero...

NIEVES. (Levantándose.) Pero aquí estamos charlando tranquilamente, como si nada tuviésemos que hacer. La discípula va á pegar su holgazanería á la profesora. Vamos al piano.

MERC. Mire usted que no he podido estudiar.

NIEVES. Estudiaremos juntas.

MERC. Bien, vamos. (Vanse.)

ESCENA IV.

ALBERTO y PERICO.

ALB. (Sale por la puerta del escritorio.) ¿Está hecho eso?

PERICO. Hecho.

ALB. Hace ya media hora que te espero con impaciencia, temí que mi padre te necesitara.

PERICO. ¿Y no ha preguntado por mí don Jáime?

ALB. No, afortunadamente. En brasas estuve hasta que te ví entrar. Casi no me he separado de la ventana. Pero hombre, ¿cómo has tardado tanto?

PERICO. ¡Bah! ¡bah! ¡bah! señorito: ¿Sabe usted lo que es buscar en estos tiempos cien duros? Hoy no hay quien tenga una peseta. Á lo menos quien la dé, no lo hay.

ALB. Es decir, ¿qué no traes?

PERICO. ¿Había yo de venirme sin ello? ¡Bah! Al infierno bajo

yo á buscar dinero para usted y se lo pido al mismísimo demonio. (Saca unos billetes y se los da.) Aquí está.

ALB. Supongo que no serán del diablo.

PERICO. Mire usted, no me atrevería yo á jurarlo.

ALB. De tódos modos, gracias; te debo mucho.

PERICO. Á mí nada; al usurero es al que debe usted una atrocidad. El muy ladrón se resistía á soltar la mosca y fué necesario ceder á todo. De manera es ..

ALB. (Impaciente.) Bien, eso no importa. (Contando.) Justo, dos mil... ¿Cuánto has firmado?

PERICO. Cuatro mil (Movimiento de Alberto.) No ha querido menos el gran tunante.

ALB. No sé cómo te pagaré...

PERICO. (Alarmado.) ¡Bah!

ALB. (Le da un billete.) Toma.

PERICO. (Ap.) (Veinte duros. Este negocio ha venido derecho.) (Suena una campanilla.) He llegado á tiempo. (Vase.)

ESCENA V.

ALBERTO y LUIS.

ALB. (Vuelve á contar los billetes, y después los coloca en su cartera.) Poco es; pero algo se puede intentrar con ochenta duros.

LUIS. (Que ha entrado sin ser visto por Alberto, se aproxima á él y le da una palmadita en el hombro.) ¡Agradable entretenimiento!

ALB. Querido Luis.

LUIS. Estamos en fondos, á lo que parece.

ALB. Pche, como siempre. ¿Y qué buenos vientos te traen por acá tan temprano?

LUIS. Puedo contestarte con tus palabras mismas: como siempre.

ALB. ¿Sigues enamorado de mi primilla?

LUIS. Cada vez más.

ALB. ¿Y tratas de formalizar el asedio?

Luis. Precisamente.

Alb. Pues no creo que el asunto presente para tí sérias dificultades.

Luis. ¿No?

Alb. No. Ella es rica, tú eres rico también...

Luis. Eso dicen.

Alb. Para mí es pan comido.

Luis. Óigate Dios. Pues nada, ayer me presentaron á doña Juana, que estuvo cariñosísima conmigo y me ofreció la casa; de modo que vengo á saber si han descansado.

Alb. Pues has llegado en mala ocasión: tu ídolo (Señalando.) da su lección de piano. Doña Juana, mi queridísima y fastidiosísima tía, acicalándose, si es que no ha salido para ir á misa. Yo me voy al despacho antes que mi señor padre me eche de menos y venga á buscarme en persona, cosa que me sería muy desagradable.

Luis. ¿Tanto miedo le tienes?

Alb. Tanto.

Luis. ¿Es duro?

Alb. ¿Qué si es duro?

Luis. Siempre fué lo mismo el bueno de don Jáime, según me han contado.

Alb. Severo y áspero sí lo fué; pero desde que, hace ya seis ó siete años, murió en campaña Cósme, mi hermano mayor, el *hereu*, como allá decimos, se ha vuelto de un humor insoportable.

Luis. Se explica: lo querria mucho.

Alb. Con locura. Y como justamente cuando acaeció la desgracia estaban reñidos.

Luis. ¿Sí? (Con indiferencia.) ¿Pues cómo?

Alb. No lo sé. Mi padre no es excesivamente comunicativo y nada me ha dicho sobre esto; pero creo adivinar que Cósme casó, sin consentimiento de mi padre, con una muchacha que no le convenía. Mas me parece que estaba en vías de llegar á una reconciliación, cuando murió Cósme. En poco estuvo que muriese también mi padre.

A fuerza de cuidados y de esmero, pudimos salvarle; pero desde entonces varió por completo de carácter. Es terrible: y en cuestión de trabajar no transige. Aun cuando estábamos en nuestra casa de Barcelona solía dejarme alguna libertad; pero desde que el marido de mi tía le puso al frente de sus negocios, es más severo conmigo que con el último de sus empleados.

LUIS. Eso prueba su delicadeza.

ALB. Si, probará todo lo que tú quieras; pero me parte por el espinazo. Te digo que es ya una exageración. ¡Oh! no sé cómo he podido recabar de él que me deje trabajar sólo.

LUIS. Vamos, qué no asistes al escritorio.

ALB. No: yo tengo aquí (Conduciendo á Luis á la puerta de la derecha y abriéndola.) mi despachito aparte.

LUIS. (Encaminándolo.) ¡Bah! Está admirablemente.

ALB. Sí; y con alguna independencia; pero me cuesta caro; tengo que trabajar como un negro... ¿qué cómo un negro? como docena de negros. Afortudamente esto durará poco.

LUIS. (Con interés.) ¿Cómo?

ALB. Sí, don Cárlos, el marido de mi tía, vuelve de un momento á otro. Logró salvar toda su fortuna y regresa.

LUIS. (Ap.) (Pues me conviene saber todo esto.) (Alto.) ¿Conque ha salvado su fortuna?

ALB. Toda.

LUIS. (Ap.) (Decididamente es necesario ir un poco deprisa.) (Alto.) Pues no fué poca suerte.

ALB. ¡Vaya! Tal como hoy retira don Cárlos sus fondos; y tal como mañana quiebra el Banco en que los tenía impuestos.

LUIS. ¡Caracoles! ¿Y tenía muchos fondos en ese Banco?

ALB. ¿Que si tenía? Pues casi toda su fortuna. Un dineral.

LUIS. (Ap) Creo que he debido de principiar antes.

ALB. Así es que cuando él logró recobrar sus capitales, no ha querido separarse de ellos.

LUIS. ¿Y él mismo trae?...

ALB. Así como suena: él mismo, en buenos billetes de Banco. Como ha visto las orejas al lobo, los dedos se le antojan quiebras. En la última carta que escribió á mi padre, le decía que ningúna casa de allí le inspiraba ya confianza.

LUIS. (Pensativo.) Se comprende. (Rato de pausa.)

ALB. Luis, adios. Siento muy de veras dejarte y siento más aun irme sin verla.

LUIS. (Alarmado.) ¿Á quién? ¿Á tu prima?

ALB. ¿Que á mi prima? Á su profesora de piano. ¡Una mujer... cállate, hombre!

LUIS. Si no digo nada.

ALB. Chico, es una hembra... puedo asegurarte que la primera vez que la ví, ¡aah! (Abriendo la boca.) mirándola, me quedé bobo.

LUIS. ¿Sí? (Ap.) (Me lo había figurado.)

ALB. Luego se me pasó.

LUIS. ¿La admiración?

ALB. No; el embobamiento.

LUIS. (Ap.) (Eso no me lo había figurado.) (Alto.) Pues nada, á ella.

ALB. Es claro ¡á ella! como quien dice, al toro.

LUIS. Desde luego te vaticino la victoria.

ALB. ¿Sí?

LUIS. Mil veces, sí; el profesorado femenino ¿quién ignora eso? da gran contingente á las aventuras fáciles.

ALB. ¿Hablas de veras?

LUIS. Y tan de veras. Como tengas aplomo al intentar, y gastes dinero al conseguir, la plaza es tuya por mucho tiempo.

ALB. Me vuelves la vida. Tú no puedes figurarte cómo me trae esa mujer. No pienso en otra cosa, ni hago nada á derechas; esa Nieves ha hecho de mí un verdadero idiota.

LUIS. (Ap.) (No le habrá costado gran trabajo.) (Alto.) Pero tú ¿qué crees? El teatro, el magisterio, la música, las

artes en la mujer sólo son pretextos. No les producen nada; pero pueden ofrecer honestamente ocasiones para...

ALB. De suerte que tú crees que con aplomo...

LUIS. Eso es: con aplomo y con dinero; sobre todo...

ALB. ¿Con aplomo?

LUIS. No: con dinero.

ESCENA VI.

DICHOS y D. JÁIME.

JAIME. (Dentro.) Alberto, Alberto. (Sale por la puerta del escritorio.) ¿Qué haces aquí, hombre?

ALB. Pues, ya lo vé usted, nada. Encontré á Luis, y me he detenido un momento.

LUIS. (Saludando.) Señor don Jáime, tanto gusto en verle. ¿Está usted bueno?

JAIME. Estoy perfectamente, gracias. (Casi sin mirar.) Ya te he dicho que las horas de escritorio no son de visita, sabes que soy poco aficionado á repetir las cosas.

ALB. Yo creia...

JAIME. Pues mal creido: á trabajar.

ALB. Es que...

JAIME. Es que aquellas letras están allí sobre tu pupitre muertas de risa, y es necesario que salgan todas por el correo de hoy. Tú, que eres jefe del escritorio, debes dar ejemplo de laboriosidad.

ALB. Las despacharé.

ESCENA VII.

DICHOS y PERICO que entra con el correo.

JAIME. Las despacharé: ya las he despachado, es lo que quiero oirte siempre. Cuando volvamos á casa en Barcelona, que gracias á Dios será muy pronto...

PERICO. (Ap.) (Caracoles, se marchan.)

JAIME. (Repara en él.) ¿Qué traes ahí?

PERICO. El apartado.

LUIS. (Ap.) (Es Perico; me alegro; es una suerte que esté aquí.)

JAIME. Llévalo al escritorio. Que separen las cartas que haya para la señora.

PERICO. Voy (Ap.) (¡Se marchan! ¡Adios mi dinero!) (Vase.)

ESCENA VIII.

DICHOS menos PERICO.

JAIME. Te decía, que allá, en nuestra casa, puedo ser más indulgente: allí manejo intereses mios, que son muy pocos por cierto, y que han de ser tuyos; pero aquí, en casa de mis primos, es necesario ganar el sueldo que te pagan; si no, á la calle.

LUIS. ¡Oh! Señor don Jáime, esa delicadeza excesiva honra á usted y lo enaltece á mis ojos.

JAIME. (Ap.) (Me dá lo mismo.) (Alto.) Gracias.

LUIS. Pero á mi amigo Alberto ¿qué puede usted pedirle? Es laborioso.

JAIME. (Impaciente y Ap.) No se acaba de decir en una semana lo que me encocora este hombre.

LUIS. Es activo, es...

JAIME. (Sin poder contenerse.) Es,.. ya sé lo que es. Calcule usted si le conocerá su padre mejor que un amigo de cuatro días.

LUIS. (Rectificando y sonriendo.) Cuatro meses.

JAIME. Es lo mismo. (Ap.) (Nada; que no le puedo soportar.) Vamos, hombre. (Vanse Alberto y D. Jáime, despidiéndose muy friamente de Luis, que los acompaña hasta la puerta.)

ESCENA IX.

LUIS solo.

Decididamente, don Jáime es la parte más dificultosa de mi empresa. Pero, por lo que he visto y por lo que he oido... no me parece que tiene aquí gran influencia,

y ya proyecta desaparecer cuando llegue su primo. Veremos... (Queda pensativo.)

ESCENA X.

LUIS, PERICO con una carta.

PERICO. Señorito Luis.

LUIS. ¿Y qué haces tú en esta casa?

PERICO. Pues ya ve usted, señorito. ¿Qué ha de hacer uno? Buscárselas.

LUIS. ¿Y hace mucho que estás aquí?

PERICO. Va para un año. Desde que se cerró aquel casinito.

LUIS. Llámalo timba.

PERICO. Como el señorito tallaba, no me atreví...

LUIS. (Mirando á todas partes.) Calla, bribón, que aquí soy otro.

PERICO. Yo también soy otro, señorito. Esta es vida mucho más tranquila y menos expuesta. No deja de presentarse algún negociejo.

LUIS. Vamos: que haces tu agosto.

PERICO. Se hace lo que se puede. Ya ve usted, cuando uno piensa establecerse...

LUIS. ¿Vas á casarte?

PERICO. Eso pienso.

LUIS. ¡Pobre mujer! ¿Y quién es la víctima?

PERICO. Antonia. La doncella... de esta casa.

LUIS. Pues mira, también pienso yo...

PERICO. ¿También? ¡Pobre señorita!

LUIS. (Riendo y amenazándole en broma.) Tunante...

PERICO. Por supuesto, ¿con aquella Lucía tan guapilla y tan vivaracha, que?...

LUIS. ¡Qué disparate!

PERICO. Cuidado si era avispada la Lucía. ¡Y qué celosa! lo recuerdo bien... así que usted se retrasaba... en salir... nada: ya estaba fija en la portería y no había quien la moviera de allí. ¿Y donde está ahora?

LUIS. La envié á San Sebastián. (Cambiando de tono.) Calla: oigo á doña Juana, ya hablaremos.

ESCENA XI.

DICHOS y DOÑA JUANA.

JUANA. (Enojada.) ¿Pero no hay cartas para mí? (Viendo á Luis.) Buenos días, Luis. ¿Hace mucho tiempo que ha llegado usted? ¿Por qué no me avisaban?

LUIS. Llego en este momento, señora. Deseaba saber...

JUANA. Pero tome usted asiento; no puede usted figurarse cuánto le agradezco su visita.

LUIS. Yo soy quien debe á usted agradecimiento por sus bondades.

JUANA. (Ap.) (Es muy guapo y muy fino este chico.) (Le hace que tome asiento y se sienta también. Á Perico.) ¿Es para mí esa carta?

PERICO. Sí, señorito, D. Jáime encargó mucho que la entregase inmediatamente.

JUANA. Dame. (Toma la carta.) Está bien. (Indica á Perico que se retire, éste lo hace.)

ESCENA XII.

LUIS y DOÑA JUANA.

LUIS. Suplico á usted que no deje de leer esa carta. Quizás es de interés.

JUANA. No: es de mi marido. Sin embargo, si usted me lo permite. (Haciendo ademán de abrirla.)

LUIS. ¡Pues no faltaba más! Señora: lo permito y lo ruego.

JUANA. (Ap.) (Lo dicho: es finísimo este muchacho.) (Lee la carta para sí: Luis, aunque fingiéndose distraido, no le quita ojo, siguiendo con interés los gestos de doña Juana.)

JUANA. ¡Já, já! El bueno de Cárlos siempre el mismo, retrasa su viaje por dos días, ¿y á qué no sabe usted por qué?

LUIS. (Ap. Con algún cuidado.) ¡Lo retrasa! (Alto.) ¿Algún contratiempo quizá? Un entorpecimiento en sus negocios. (Gesto negativo de doña Juana.)

JUANA. Es que... vaya unas ocurrencias que tiene... es que el lunes habrá salido de Liverpool el vapor *Mercedes*, y Cárlos me dice que quiere regresar á la patria en ese vapor que lleva el nombre de su hija. Cree que eso le dará fortuna en el viaje. Es muy supersticioso...

LUIS. ¡Oh! Pero esa es superstición muy respetable.

JUANA. (Con indiferencia.) Sí.

LUIS. Y que se comprende en un padre, cuando...

JUANA. (Algo aburrida.) ¡Pche!

LUIS. (Ap.) (Vamos, á esta señora no la entusiasman los rasgos de amor paternal de su marido. Será preciso tomar en cuenta este dato.) (Alto.) ¿Y se divirtieron ustedes mucho?

JUANA. ¿En la reunión de la baronesa? ¡Oh! no por cierto. ¿Quién se divierte allí?

LUIS. Seguramente...

JUANA. La pobre baronesa hace lo que puede... pero, ¿qué sabe ella de recibir gentes, ni de?... Baronesa de ayer, casi desconocida... ¿Pero á dónde va usted ahora?

LUIS. ¿Yo? á ninguna parte.

JUANA. Digo que en este tiempo todo está desanimado, muerto. Nada, que no sabe una donde ir.

LUIS. Eso sí...

JUANA. Y el caso es que todavía no han comenzado los grandes calores.

LUIS. No han empezado; no, señora.

JUANA. Antes se siente cierto fresco, y el abrigo no estorba.

LUIS. ¿Qué ha de estorbar? al contrario.

JUANA. Pero estamos más cerca del verano que del invierno.

LUIS. ¿Quién lo duda? Todos los años, á últimos de primavera, sucede lo mismo.

JUANA. Por eso digo que las reuniones de casa de la baronesa, me aburren.

LUIS. (Ap.) (¿Por eso?)

JUANA. Y usted dirá. ¿Entonces por qué van ustedes?

LUIS. (En son de protexta.) Yo señora...

JUANA. No; si tiene usted mil razones para extrañarlo. Usted

hombre de mundo y... Pero la verdad es que el barón fué en su juventud íntimo amigo de mi esposo, y Cárlos no ha podido negarse... y aunque sea muy de tarde en tarde es preciso cumplir. Por otra parte, en esta estación, Madrid está... está... vamos, incapáz. El Retiro no ha comenzado aun; teatros no hay... ¡Á mí no me lleve usted á los circos!

LUIS. No trato de eso...

JUANA. Solamente voy los días de moda por ver gente... Tengo ya unas ganas de que Cárlos esté de vuelta.

LUIS. Lo comprendo.

JUANA. Á ver si, pudiendo él permanecer en Madrid, Mercedes y yo vamos una temporadita al Norte, ó á cualquiera puertecillo de Francia... ¿Usted, dónde piensa pasar el verano?

LUIS. (Como sorprendido y reponiéndose.) Yo... de ordinario suelo pasar un par de meses en Pó, (Ap.) (zuelo.)

ESCENA XIII.

DICHOS y D. JÁIME.

JAIME. (Ap.) (¿Todavía aquí?) (Alto á Juana) ¿Qué dice Cárlos?

JUANA. (Le da la carta abierta) Llega mañana.

JAIME. (Gozoso.) ¡Mañana! Dios bendito: no puedes figurarte, prima, cuanto lo celebro.

JUANA. ¡Pues y yo!

JAIME. (Ap.) (Aunque sólo sea por no pelear contigo.)

JUANA. (Ap.) (Aunque sea solamente por perderte de vista.)

LUIS. (Ap.) (No parece que se profesan cariño muy entrañable.) (D. Jáime lee para sí la carta manifestando en la expresión de su rostro que le conmueve el rasgo del padre; Luis y Doña Juana hablan; dentro se oye distintamente el piano tocado con maestría.)

JAIME. (Dejando la carta.) Pobre Cárlos: tan bueno siempre y tan cariñoso.

LUIS. Sabe usted, señora, que Mercedes es notable pianista.

JUANA. Sí; tiene muy buena disposición para la música...

como para todo; no porque sea mi hija... (Á D. Jáime.) ¿Te ríes de lo que digo?

JAIME. (Brúscamente.) No me río.

JUANA. Me pareció. (En son de reto.)

JAIME. Te pareció lo que no era.

JUANA. Como no sería la primera vez que te burlas cuando hablo yo de Mercedes.

JAIME. Ni he oído siquiera lo que decías.

LUIS. Doña Juana decía. ¡Oh! y la cosa es para mí incuestionable, que Mercedes toca el piano de una manera prodigiosa.

JAIME. (Seco.) ¡Prodigiosa!... me parece mucho.

LUIS. (Señalando al gabinete.) Pero oiga usted eso, amigo mío, oiga usted eso.

JAIME. (Exaltándose.) En primer lugar, yo no soy amigo de usted.

LUIS. (Sorprendido.) Hombre...

JAIME. (Sin hacer caso.) En segundo, no es Mercedes quien toca.

LUIS. ¿No?

JAIME. No, señor, será alguna amiga suya; quizás su profesora: Ella no es. Conozco de sobra su ejecución y su manera.

JUANA. (Sin poderse contener.) Y te parece mal.

JAIME. (Con acrimonia.) No he dicho eso.

JUANA. No lo dices; pero lo piensas. (Movimiento de D. Jáime.) Sí; si no puedes negarlo: has tomado entre ojos á tu sobrina, y cuanto la pobrecilla hace, lo encuentras muy mal.

JAIME. No digas sandeces.

JUANA. No: no son sandeces. ¿Toca el piano? haces un gesto de disgusto ¿Pronuncia algunas palabras italianas ó francesas? te sonries como con desprecio. ¿Ves uno de sus dibujos? Te encoges de hombros. Á los ojos del señor, nada hace la niña que merezca elogio.

LUIS. (Que vuelve la vista, como para sonciliar los ánimos, alternativamente á uno y á otro interlocutor.) ¡Oh! Señora; por Dios;

don Jáime tiene demasiado buen gusto para no convenir conmigo...

JAIME. (Con desabrimiento.) ¡Eh! déjeme usted en paz, hombre: yo no convengo con usted en nada.

LUIS. Sea; pero no me niegue usted que Mercedes es verdadera artista.

JUANA. Artista es la palabra.

LUIS. (Con entusiasmo.) Una gran artista.

JUANA. Eso es.

JAIME. ¡Bah! ¡Una gran artista! tomaría yo que fuese una regular aficionada.

JUANA. (Á Luis.) ¿Oye usted eso?

LUIS. (Á Doña Juana.) Es increible.

JAIME. Pero es fuerte cosa que en esta bendita tierra de las farsas y de las adulaciones no ha de poder uno decir las cosas con llaneza; como ellas son, ó como uno las juzga, sin exageraciones ridículas. Yo quiero á Mercedes. ¿Pues no he de quererla? Pero la quiero... así... con el corazón, con el alma, como quiere un catalán cuando quiere... (Cambio de tono.) porque acá, en Castilla, en Madrid sobre todo, podreis ganarnos á decir lindamente las cosas; pero á querer bien... ¡Bah! en eso teneis todavía mucho que aprender de nosotros. (Pausa.) Lo repito, quiero á Mercedes, la chica lo merece: vaya si lo merece... Pero, ¿cómo y por qué ha de cegarme ese cariño hasta el extremo de juzgarla artista prodigiosa? no lo es. (Movimiento de doña Juana.) No, señora: ni mucho menos. (Transición.) Y no tiene ella la culpa de no serlo: quizás no le faltan dotes... Pero, ¿cómo ha de darlas desarrollo, si á un mismo tiempo le haceis aprender infinitas cosas? Valiera más para ella y para todos que aprendiese una bien.

JUANA. La manía de siempre: de provincia al fin, con ideas rancias y con muchos años de atraso. Ninguna señorita de clase (Con énfasis.) deja de poseer esas infinitas cosas de que te burlas.

JAIME. No me burlo de ellas: digo y repito que no es posible

que esa pobre muchacha las domine todas.

JUANA. Aquí no se trata de que las domine, sino de que las conozca.

LUIS. (Aprobando.) Eso es.

JUANA. Y por eso se las llama en todos los países civilizados: CLASES DE ADORNO. ¿No teneis de eso en Barcelona?

JAIME. En Barcelona tenemos todo lo bueno que aquí hay: que no es mucho. Y tenemos además algo de lo que aquí no se usa: seriedad y franqueza.

JUANA. ¿Y allí no aprenden las señoritas CLASES DE ADORNO?

JAIME. Adorno, adorno... adorno, el piano; adorno, el canto; adorno, el francés; adorno, el dibujo; adorno el baile; todo eso es el adorno... corriente, y ahora, ¿dónde está lo esencial?

JUANA. (Asombrada.) ¿Cómo lo esencial?

LUIS. (Ap.) (¡Lo esencial! Ay, que cosas más graciosas dice este hombre.)

JAIME. ¿Pues dónde han visto ustedes ni ha visto nadie que la instrucción de una persona se componga sólo de adornos? Vendría á ser eso como algunos platos de ilusión que suelen servir los cocineros franceses y que ellos nombran, por ejemplo, faisán guarnecido, y hay guarnecido efectivamente, pero no hay faisán.

LUIS. (Ap.) (Puff: busca los ejemplos en la cocina.)

JUANA. Bonita comparación; como tuya, que eres...

JAIME. No te detengas: dilo; dí que soy un salvaje; porque digo y sostengo que la instrucción sólida no consiste en saber poco de muchas cosas, sino en saber bastante de una sola; porque repito, que si en la educación de la mujer todo son adornos, formaremos para nuestros hijos mujeres con muchísimo adorno y con muy poca educación.

JUANA. Vamos, que solamente en *Cataluña* (Burlándose.) se sabe educar á las señoritas.

JAIME. (Encogiéndose de hombros.) Ten por seguro, que si Mercedes hubiese de mantenerte á tí y mantenerse ella con sus habilidades, no viviriais con mucha holgura.

LUIS. (Ap.) (¡Já! ¡já!)

JUANA. Miren por dónde sale ahora mi señor primo; pero dime: ¿dónde has oído que Mercedes haya de utilizar sus habilidades? ¿Te figuras que pienso dedicarla á trabajar? Bonito estaria.

LUIS. Claro.

JAIME. No estaría feo; pues entonces, todo le sobra. Pero no llamen ustedes á eso ser artista. Qué arte ni qué niño muerto. Las cosas han de ser bien aprendidas y dominadas, lo demás es pura pamplina. ¿Que un día es necesario recurrir á ellas? se hace con fruto ¿que no es necesario? pues mejor. Lo bien aprendido, ni pesa ni esturba.

ESCENA XIV.

DICHOS, MERCEDES, NIEVES, Ésta debe quedar un poco aparte del grupo.

MERC. Buenos días, mamá. Hola, tío, ¿está usted de mal humor? Luis ¿qué tal? (Le da la mano con afecto.) ¡Ah! (Viendo la carta.) Carta de papá. (Lee la carta rápidamente.) Pobrecillo, cuánto me quiere. Vea usted, Nieves.

JAIME. (Que ha permanecido como pensativo y arrinconado en un extremo de la sala, al oir el nombre de Nieves levanta vivamente los codos.) ¿Nieves? (Ap.)

MERC. Ha retrasado dos dias su viaje solamente por venir en un vapor que lleva mi nombre.

NIEVES. Un rasgo de cariño que debe halagar á usted.

JAIME. (Ap. y sin apartar la vista de Nieves.) (Es ella, no puedo dudarlo.)

NIEVES. (Despidiéndose.) Adios, querida niña, vendré mañana para que demos un repaso á esa *serenata* que está aun... flojilla. Señora... (Saludando.)

JUANA. Señora, adios, y gracias por su interés. Acompáñala, Mercedes.

MERC. Pensaba hacerlo, mamá.

NIEVES. ¡Oh! por Dios. No se moleste usted por mí.

JUANA. Déjela usted; eso para ella no es molestia, y de todos modos es cumplir su obligación de honrar y respetar á los maestros.

NIEVES. Gracias... (Vanse Nieves y Mercedes.)

ESCENA XV.

LUIS, DOÑA JUANA, D. JÁIME, ALBERTO.

ALB. (Aparece como ocultándose y en traje de calle, con abrigo y sombrero puesto, por la puerta del escritorio. Ap.) Demonio. Vaya una gracia, han establecido aquí la tertulia. Pues ahora no voy á poder salir, ni alcanzar á Nieves. Si pudiera escaparme sin ser visto. (Empieza á intentarlo.)

ESCENA XVI.

DICHOS, MERCEDES.

MERC. (Á Alberto.) ¿Estás ensayando un cotillón, primo?

ALB. (Sorprendido.) Calla, por Dios.

MERC. (Á él.) Pero ¿qué te sucede?

ALB. Estoy rabiando por escapar sin que me vea mi padre.

MERC. ¡Ah! Pues yo lo distraeré. Date prisa.

ESCENA XVII.

DICHOS, PERICO con en telegrama.

Durante esta escena y la anterior y hasta que el diálogo lo indíque, hablan aparte y en voz baja doña Juana y Luis. D. Jáime está como preocupado y contempla una fotografía que ha sacado de su cartera.

MERC. (Va derecha á su tío; le pone la mano sobre la espalda.) Tío. ¿De quién es ese retrato?

JAIME. (Mal humorado.) ¿Qué te importa?

MERC. Nada, curiosidad. (Siguen hablando bajo.)

ALB. (Ap.) (Ésta es la ocasión.)

PERICO. Señorito. (*Deteniéndole.*)
ALB. Déjame en paz ahora.
PERICO. Este telegrama.
ALB. Venga. (*Le coge, se lo guarda y sale precipitadamente.*) Á ver si ya no la alcanzo... (*Vase.*)

ESCENA XVIII.

DOÑA JUANA, LUIS, MERCEDES, D. JÁIME.

JUANA. Mercedes; vamos al salón. Quiero que Luis vea tus acuarelas y nos dé su opinión como persona entendida.
LUIS. Entendido no soy; pero sí aficionado: desde ahora anticipo mi opinión. Serán notables.
MERC. Mucho me temo que haya usted de rectificar su juicio. (*Se dirigen los tres al salón. Luis se detiene y levanta el portier para que pasen las Señoras: pasa doña Juana: cuando vá á pasar Mercedes la detiene D. Jáime.*)
JAIME. Escucha un momento.
MERC. (*Á Luís.*) Pase usted, Luis. Voy en seguida.

ESCENA XIX.

D. JÁIME, MERCEDES.

MERC. ¿Qué hay? Tío.
JAIME. ¿Es tu profesora de piano esa señorita?
MERC. Señora.
JAIME. ¡Aah! ¿Es casada?
MERC. Viuda.
JAIME. ¿Y se llama?
MERC. Nieves.
JAIME. Eso es: ¿Nieves qué?
MERC. No recuerdo: Pérez ó Diaz... Yo la nombro solamente Nieves. Pero ¿usted no la ha visto hasta hoy?
JAIME. No.

MERC. Es raro. Viene casi todos los dias. Unos me dá lección y otros estudiamos juntas.

JAIME. Como yo casi no salgo del escritorio.

MERC. (Sonriendo con malicia.) Pero, tío ¿por qué me hace usted esa pregunta?

JAIME. Por nada, por nada: son cosas mías que no te importan.

MERC. ¿Le gusta á usted mi profesora?

JAIME. (Con asombro.) ¡Niña!

MERC. ¿Y qué tendría de particular? Ella viuda; usted viudo. ¡Oh! y ella es muy guapa: ya lo habrá usted notado. Y además es muy buena: esto no lo habrá usted notado; pero yo se lo digo.

JAIME. (Sonriendo y con interés.) ¿Es muy buena?

MERC. De lo que no hay. Así celebraría yo ser, sino fuese porque prefiero ser como soy. (Pausa.) Y ya no puedo dar á usted más noticias Adios. (Hace que se va.)

JAIME. Es necesario que yo averigüe si esta Nieves es la que busco hace ocho años. (Se dirige hacia la puerta del foro.)

MERC. (Que al llegar á la puerta de la derecha se detiene y observa á su tío.) Tío, tío.

JAIME. (Volviendo la cabeza.) ¿Qué?

MERC. (Sonriendo.) Si quiere usted que interceda en su favor.. creo tener alguna influencia...

JAIME. ¡Bah! (Hace un gesto de enojo y se va por el foro. Mercedes desaparece por la izquierda.)

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES y ALBERTO. Al levantarse el telón aparece Mercedes escribiendo sobre un mueble bastante alto para permitir que escriba de pié: aparece Alberto en el mismo traje que sacó en el acto primero, aunque llevando el abrigo al brazo. Deja sombrero y abrigo sobre sendas sillas y se adelanta al proscenio.

ALB. Buenos días, Mercedes.
MERC. (Sin levantar la cabeza.) Buenos días, primo.
ALB. ¿Sería indiscreto preguntarte á quién escribes?
MERC. Sí; lo sería. (Medio en broma.)
ALB. Entonces no te lo pregunto.
MERC. Perfectamente. (Rato de pausa. Mercedes continúa escribiendo. Alberto da algunos paseos por la estancia.) Ya terminé.
ALB. Lo celebro de veras.
MERC. (Con indiferencia y doblando la carta.) ¿Pues?
ALB. Porque deseo que me concedas una audiencia.
MERC. ¿Yo?
ALB. Tú: precisamente.

MERC. (Sonriendo y buscando un sobre que al fin encuentra y en el que pone la carta.) Si te propones hacerme una declaración, lo dejaremos para otro dia: hoy tengo muy poco tiempo para escucharte.

ALB. (Sonriendo.) Tranquilízate; no se trata de eso.

MERC. Más vale así.

ALB. ¿Tanto te asustan las declaraciones?

MERC. No me asustan; pero me aburren.

ALB. ¿Ya?

MERC. No parece sino que los hombres no habeis aprendido más que eso; ó que á las mujeres no se nos puede hablar de otra cosa. Y és tan monotono oir siempre lo mismo... sí, lo mismo, porque todas vuestras declaraciones están cortadas por igual patrón. En fin, dices que no es eso y basta. (Con gravedad cómica.) Concedo la audiencia. (Se sienta afectando aire sério y conservando la carta en la mano.) ¿Serás lacónico?

ALB. Muy lacónico. (Sentándose también.)

MERC. ¿Y no hablarás de amor?

ALB. Mira, primita, no me comprometo á tanto. Yo solo he dicho que no pienso hacerte una declaración; pero algo de amor, sí hay en el asunto,

MERC. Sea todo por Dios; pero si no soy la persona amada, menos mal. Vamos; dí, te escucho.

ALB. ¿Con interés?

MERC. Con curiosidad. Es lo mismo.

ALB. Permíteme, no obstante, hacer una declaración previa...

MERC. (Levantándose.) ¿Una declaración? Eso no es lo tratado.

ALB. (Riendose é indicándole que se siente.) He querido decir una advertencia.

MERC. (Tranquilizándose.) ¡Ah!

ALB. Yo, hermosa prima, veo en tí, lo que ven cuantos te conocen; una niña preciosa; digna de ser amada, he dicho poco, de ser ídolatrada hasta la demencia.

MERC. (Sonriendo.) Adelante.

ALB. Pero... ¡ay! mi modestia me grita que no merezco ser

correspondido, y mi orgullo me dice que no debo ser desdeñado; no intentaré nunca lo que no he de alcanzar. (Sonriendo.) Mi reino no es el de las primas millonarias.

MERC. ¿Pues cuál?

ALB. El de las profesoras.

MERC. ¿Estás enamorado de Nieves?

ALB. Has adivinado.

MERC. Pues das pruebas de muy buen gusto, del que yo no te creía capaz.

ALB. Mil gracias.

MERC. No hay de qué... entre primos...

ALB. Es decir, que te parece bien.

MERC. ¿Quién, Nieves? Pues ya lo creo. Es una mujer muy hermosa. (Mostrando la carta.) Para ella es precisamente esta carta.

ALB. ¿Para ella?

MERC. Sí; y por cierto que voy á enviársela ahora mismo; había olvidado... (Movimiento para tocar el timbre.)

ALB. (Deteniéndola.) Espera. Me ha ocurrido una idea.

MERC. ¿Á tí? ¿También tú tienes eso?

ALB. Gracias, otra vez...

MERC. Dí, dí.

ALB. Dame esa carta: yo la llevaré á su destino.

MERC. ¡Hombre, qué idea más rara!

ALB. (Levantándose.) Favor con el cual queda terminada la audiencia.

MERC. Pues, querido primo, siento decirte que eso no puede ser.

ALB. ¿Por qué?

MERC. Porque tú eres mi primo, no mi criado.

ALB. ¿Qué más da? Yo soy un empleado de la casa como otro cualquiera; al menos mi padre me lo está repitiendo siempre.

MERC. Tu padre, que es un señor muy bueno, pero muy extravagante, puede decirte lo que se le antoje; pero tú no eres el indicado para llevar cartas mías á Nieves.

ALB. (*Con desaliento.*) ¿Entonces? (*Rato de pausa.*)

MERC. (*Se levanta con cierto airecillo burlón.*) Entonces...

ALB. (*Dándose una palmada en la frente.*) Me ha ocurrido una idea.

MERC. (*Sonriendo.*) ¿Otra? Estás bien de ideas esta mañana.

ALB. ¿Qué le dices á Nieves en la carta?

MERC. Eso no es una idea, es una pregunta.

ALB. La idea viene detrás.

MERC. Pues la digo que papá llegará pasado mañana.

ALB. ¿Y qué?

MERC. Que mamá y yo hemos determinado salir á su encuentro hasta Avila.

ALB. Es muy buen pensamiento.

MERC. Como mío.

ALB. ¿Y qué más?

MERC. Nada más. Hoy tenemos que disponer este viaje improvisado y no podré dar lección. Se lo aviso para que no se moleste en venir. ¡Ea! Ya estás enterado. ¿Qué te ocurre?

ALB. Me ocurre que si por no ser yo tu criado, no es correcto que lleve á Nieves una carta, por ser de la familia, no parecerá mal que la dé verbalmente un recado.

MERC. ¿Y qué te propones con eso?

ALB. Muy sencillo; ver si llevando un recado tuyo, se abren para mí las puertas, constantemente cerradas, de la casa de Nieves.

MERC. ¿Has ido allá?

ALB. Muchas veces.

MERC. ¿Y qué?

ALB. Siempre me han respondido lo mismo: ¡*No está*! abriendo solamente diez céntimos de ventanillo.

MERC. Ve á otras horas.

ALB. He ido ya á todas las horas imaginables. Inútil, completamente inútil. Me la niegan siempre. (*Transición.*) Ayer mismo estuve acechando su salida desde la ventana de mi despacho. La ví salir y corrí trás ella. No la perdí de vista un solo momento. Entró en su casa, yo detrás; subió la escalera, yo detrás; penetró en su

habitación, y yo...

MERC. (Riendo.) ¿Detrás?

ALB. No: yo me quedé en el descansillo. Llamo como todos los días, y como todos los días me responden: (Imitando la voz de una vieja y remedando el diálogo.) «¡No está!»—¿Cómo que no está, si acabo de verla entrar ahora mismo?—«Pues no está,» y paff, me dan con el ventanillo en las narices.

MERC. Pobre Alberto. (Burlándose.) Parece que no quieren recibirte.

ALB. Eso parece efectivamente. . Pues mira, á mi señor padre le sucedió lo mismo.

MERC. ¿Cómo? El tío Jáime...

ALB. Sí: pues si eso fué lo más curioso de la aventura.

MERC. ¿Á ver?

ALB. No pudiendo yo forzar la consigna para penetrar en aquella mansión; comprendí que no era cosa de estarme todo el día en la escalera, y resolví bajar. Cálcula tú mi sorpresa, cuando oigo la voz de mi padre que pregunta por Nieves en la portería, y comienza á subir la escalera que yo había comenzado á bajar.

MERC. ¡Qué rareza!

ALB. Eso pensé yo. Pero como un encuentro con mi padre hubiera sido algo embarazoso, retrocedí y me detuve en el descansillo más próximo.

MERC. ¿Y qué?

ALB. (Riendo.) El padre no fué más afortunado que el hijo. (Pausa.)

MERC. Pues enterada de todo, no quiero encargarte del recado.

ALB. ¿No?

MERC. Resueltamente, no.

ALB. Pero...

MERC. (Séria.) No insistas; sería inútil. Yo no tengo derecho para imponer á Nieves visitas que no quiere recibir.

ALB. Nieves ignorará siempre que tú estás enterada de mis tentativas.

MERC. Lo ignorará Nieves... pero lo sé yo.

ALB. Ya veo que me ha perjudicado mi franqueza. Si yo te hubiera ocultado lo que sucede.

MERC. Nada habrías adelantado. Yo nunca te hubiera encargado de esa comisión. (Pausa.) Sin embargo, no quiero que te arrepientas de haberme dicho la verdad. No te doy la carta; pero voy á darte un consejo.

ALB. ¿Qué olvide este amor?

MERC. No, hombre, no: ¿Á mí qué me importa que olvides ese amor? Eso ya se encargará Nieves de aconsejártelo.

ALB. ¿Crees?

MERC. Estoy segura.

ALB. Ya lo veremos.

MERC. Por visto.

ALB. Venga el consejo.

MERC. Acércate más: hay consejos que solamente pueden ser dichos al oído. (Alberto se apróxima mucho.) No tanto, hombre, já, já, já.

ESCENA II.

DICHOS y LUIS.

LUIS. (Sorprendido y ap.) (¡Delicioso cuadro!) (Alto.) Señorita.

MERC. (Dándole la mano con desembarazo natural y elegante.) Buenos días, Luis. Celebro que haya usted llegado, y mamá lo celebrará más todavía.

LUIS. (Con gran pausa.) No podré expresar todo mi...

MERC. (Interrumpiendo.) Bien; no lo exprese usted: me lo figuro. Pase usted á las habitaciones de mamá: ya está visible... sobre todo para usted.

LUIS. ¿Y usted?

MERC. Yo tengo que últimar un asunto del corazón que traemos entre manos el primo y la prima: cosas nuestras.

LUIS. (Con sonrisa algo forzada.) Mil veces afortunado Alberto.

que puede tratar con su prima asuntos del corazón. Señorita. (Saludando y op.) (Pues la frescura y el desenfado de esta muchacha, son de lo que no hay.) (Vaso.)

ESCENA III.

MERCEDES y ALBERTO.

ALB. Picado va Luis.

MERC. No me importa.

ALB. Pero ¿no le amas?

MERC. (Pensativa.) Realmente no lo sé... (Riendo.) Pero me parece que no. Él no me desagrada del todo; pero... amarlo. Eso de amar es demasiado... para mi génio.

ALB. Pues si él se entera.

MERC. Lo mismo dá: ¡ah! oyes, primo; no te lo he dicho para que se lo cuentes; pero tampoco te encargo el secreto, y voy á darte el consejo.

ALB. Venga.

MERC. Voy á entregar esta carta para que la lleven inmediatamente. (Movimiento de despecho de Alberto.) Es mi obligación y la cumplo. Pero mi obligación no va más allá. Yo no podría impedirte, por ejemplo, que consiguieses de un criado lo que de mí es imposible que consiguieras.

ALB. Magnífica idea.

MERC. Celebro que sea de tu gusto.

ALB. Sí se la entregases á Pedro.

MERC. Sea: se lo entregaré á Pedro. (Toca el timbre.)

ESCENA IV.

DICHOS y ANTONIA.

ANT. ¿Llama la señorita?

MERC. ¿Está Pedro?

ANT. Sí, señorita.

MERC. Que venga.
ANT. Al momento. (Vase.)

ESCENA V.

MERCEDES y ALBERTO.

MERC. (Riendo.) ¿Qué más quieres?
ALB. Que me dejes prevenir á Pedro por si se va inmediatamente...
MERC. Eso es cuenta tuya.
ALB. Le hablaré al entrar.
MERC. Yo fingiré no advertírlo.

ESCENA VI.

DICHOS y PEDRO.

ALB. (Ap. á Pedro.) (No salgas sin verme.)
PEDRO. (Ap. á Alberto.) (Bueno.) (Alto.) Señorita.
MERC. (Sonriendo y ap.) (No ha estado mal del todo.) (Alto.) Esta carta á casa de la profesora de piano. En seguida.
PERICO. Volando. (Vase.)
MERC. (Saludando á Alberto.) Adios, primo, y buena suerte. (Vase.)

ESCENA VII.

ALBERTO y PERICO.

PERICO. (Entrando con algún recato por la misma puerta por donde salió.) Señorito.
ALB. Dame esa carta.
PERICO. ¿Eh?
ALB. Yo me encargo de llevarla.
PERICO. Pero...
ALB. Te ahorras el viaje y te ganas cinco duros. (Dándole dinero.)

PERICO. (Como convencido.) Tiene el señorito una manera de presentar las cosas.

ALB. Adios. (Se dirige á tomar su sombrero y su abrigo.)

PERICO. El caso es que yo también tengo algo que decir al señorito.

ALB. Dí pronto.

PERICO. Que sucede una gran desgracia.

ALB. ¿Qué desgracia?

PERICO. Que el tunante del usurero ha venido hoy á pedirme sus cuatro mil reales.

ALB. (Dando algunos pasos atrás como sorprendido.) Eso es un absurdo. Si los prestó ayer.

PERICO. Es que él se ha enterado de que mañana regresa don Cárlos.

ALB. Bien; ¿y qué?

PERICO. Que como su papá de usted decía siempre, que se va inmediatamente á Barcelona...

ALB. Acaba, hombre.

PERICO. Pues eso. El judío dice que, marchándose su papá de usted, el negocio no le ofrece garantías y quiere deshacer el trato.

ALB. No está mal modo de deshacerlo. Prestó ayer dos mil reales, y hoy quiere cobrar cuatro mil.

PERICO. Dice que se contentará con tres mil.

ALB. Vamos, un interés muy moderado: cincuenta por ciento en veinticuatro horas.

PERICO. Ya dije al señorito que era un tunante.

ALB. Y bien sabe Dios que no le adulabas. Pues mira, cuando venga, le mandas de mi parte muy enhoramala.

PERICO. Y en seguida él se lo contará todo á don Jáime.

ALB. ¿Qué? Ya se guardará de hacerlo.

PERICO. ¿Qué ha de guardarse? Si á las tres no tiene en su poder el dinero, á las cuatro se entera de todo don Jáime.

ALB. Pero tú...

PERICO. Y yo, ¡pobre de mí! ¿Qué quiere usted que haga?

ALB. (Ap.) (Maldito judío... Ganemos tiempo.) (Alto.) Bien, se le entregará su dinero.

PERICO. (Ap.) (Por si acaso, bueno es poner en salvo esas pesetas.) (Alto.) Así se lo diré, señorito.

ESCENA VIII.

ALBERTO.

Este contratiempo viene á trastornármelo todo. ¿Á quién acudo ahora para que me facilite ese dinero? El truhán de Perico ha sido siempre quien me sacaba de apuros... (Pausa.) ¿El cajero? De ningún modo, ¿cómo ha de adelantarme esa cantidad? Y en vísperas de llegar mi tío. Á mí me quedan todavía sesenta duros; pero los necesito, no es cosa de representar la comedia *Con amor y sin dinero.* (Queda pensativo.) Calle, aquí está Luis. Si éste quisiera... bien podría. Es muchacho muy rico. (Resueltamente.) ¡Qué diablo! por intentarlo no se pierde nada.

ESCENA IX.

ALBERTO Y LUIS.

LUIS. (Dejando el abrigo en una silla.) ¿Se arregló aquel asunto del corazón.

ALB. Sí.

LUIS. Por lo que veo, Mercedes te trata con mucho cariño.

ALB. Calcula: nos hemos criado juntos desde pequeños. Somos casi hermanos.

LUIS. (Ap.) (Bueno es saberlo.) (Alto.) Pues...

ALB. ¿Vas de prisa?

LUIS. Sí: voy á disponer el viaje.

ALB. ¿Qué viaje?

LUIS. Acompaño á doña Juana y á Mercedes en su expedición. Quieren que el padre me conozca.

ALB. Vamos... eso va viento en popa, ¿eh?

LUIS. No va mal, no va mal, ea, adios. (Hace ademán de recoger su abrigo.)

ALB. Hombre, á propósito.

LUIS. (Con interés y dejando el abrigo.) ¿Qué?

ALB. Préstame tres mil reales.

LUIS. ¿Cómo dices? (Movimiento de sorpresa.)

ALB. Digo, querido Luis, que estoy en un compromiso horrible, del cual solamente tú puedes sacarme.

LUIS. (Ap.) (¡Asesino! Esto no es un sablazo, es una puñalada.)

ALB. (Como picado.) Mira, chico, entre nosotros nada de rodeos. He acudido á tí, porque presumía que como siempre te sobran mil duros; pero si esto te proporciona el más mínimo disgusto...

LUIS. (Ap.) (Y ¿cómo le digo á este muchacho que estoy más necesitado que él?) (Alto.) ¿Quieres callar?

ALB. Nada, chico, nada. Retiro mi solicitud.

LUIS. Hombre, no.

ALB. Veo que esto te ha causado disgusto, buscaremos por otra parte. (Hace ademán de irse. Ap.) Si me deja salir me mata.

LUIS. (Ap.) (Á que tengo ahora que suplicarle.) (Alto y con frialdad.) Ven, hombre, ven.

ALB. Solo porque no te ofendas, aceptaré...

LUIS. Nada. Cuenta con ellos. No los traigo ahora conmigo; pero esta tarde...

ALB. ¿De suerte, que puedo estar descuidado?

LUIS. Completamente. (Ap.) (Yo soy quien no lo podré estar en mucho tiempo.

ALB. (Ap.) (Magnífico, ya tengo asegurado el porvenir. Voy á llevar la carta á Nieves. (Va hacia la puerta.) Vaya por Dios, ya está ahí, mi padre. Esto es poco menos que vivir esclavo. (Dando una patada en el suelo.) Estoy por sublevarme.... (Pensándolo mejor.) no me sublevo, pero protesto... y me escaparé en cuanto pueda.) (Vase por la puerta de su despacho.)

ESCENA X.

LUIS pensativo, D. JÁIME y PERICO.

JAIME. (Ap.) (Ya está ahí ese moscón.) (Alto.) Buenos días.

LUIS. Muy buenos: ¿Está usted bien, señor don Jáime?

JAIME. Perfectamente, gracias.

LUIS. Mucho se madruga. (Sonriendo.)

JAIME. Sí; aquí se llama á esto madrugar... Pues hace ya lo menos dos horas que debía haber venido... me detuvo en casa un posma de esos que no solamente pierden su tiempo, sino que lo hacen perder á los otros. (Ap.) (Vuelve por otra) (Alto.) Conque voy, necesito aprovechar los momentos... (Á Perico.) Ven conmigo; tengo que darte unos encargos. Adios. (Vanse Perico y don Jáime.)

ESCENA XI.

LUIS.

No se figura Alberto, ni lo sueña siquiera, el apuro en que me ha colocado. ¿Cómo ha de suponer él, que Luis, el adinerado Luis, novio de su prima, no puede disponer de cien duros ó ciento cincuenta? Y vive Dios que pudo ser: estoy atravesando mala época, este matrimonio es mi última esperanza. Verdad es que la jugada merece toda consideración... Nada, el buen éxito de esta batalla decisiva, vale cualquier sacrificio... Yo con Perico debo de tener crédito todavía, y eso que con el crédito, como con casi todo, suele ocurrir que solo se tiene cuando no se necesita. Es curioso esto: tiene usted calma y paciencia y previsión y crédito y esperiencia... cuando no sabe usted que hacerse con ello. Y como el dinero se necesita casi siempre, no se le tiene casi nunca. Para Perico debo de ser todavía el banquero de antaño... probaremos. Aquí viene. Perico, escucha.

ESCENA XII.

LUIS y PERICO.

PERICO. ¿Se ofrece algo?

LUIS. Sigues colocando tus economías entre los amigos?

PERICO. ¡Bah! qué cosas tiene el señorito: mis economías. Harto hacemos los pobres con ir tirando... conozco una persona que se dedica á prestar picos.

LUIS. Déjame de canciones. Hace años que nos conocemos, y no hay para qué traer á colación esas tonterías. ¿Tú sigues trabajando en ese negocio como antiguamente?

PERICO. Phe, algo se hace; pero créame usted, señorito, anda todo muy malo.

LUIS. (Ap.) (Lo sé.) (Alto.) Necesito tres mil reales. ¿Puedes ó no?

PERICO. Para usted se puede siempre, y si no se puede, se hace un poder. Cuente usted con ellos.

LUIS. Los necesito hoy.

PERICO. Los tendrá usted hoy.

LUIS. Antes de la salida del expres del Norte.

PERICO. ¿Sale usted de Madrid?

LUIS. Por muy pocas horas. Acompaño á las señoras que van al encuentro de don Cárlos, y antes quiero...

PERICO. Está entendido. Precísamente esta tarde tengo que recibir yo esa misma cantidad de un sujeto.

LUIS. Corriente. (Hace que se va y vuelve.) Por supuesto que de esto... (Hace ademán de guardarme silencio.)

PERICO. Descuide usted, ya sabe usted que soy callado.

LUIS. Ya sabes que no soy desagradecido.

PERICO. (Ap.) (Me los da el señorito Alberto y se los doy á éste.)

LUIS. (Ap.) (Me los entrega éste y se los doy á Alberto.

ESCENA XIII.

DICHOS y NIEVES.

NIEVES. (Saludando.) Buenos días.

LUIS. (Inclinándose.) Señora. (Ap.) (Y no es fea. Siempre tendrá ésta la culpa de que el majadero de Alberte me haya partido por el eje.)

NIEVES. ¿No está la señorita?

PERICO. No sé; pero si la señora quiere iré á preguntarlo. (Vase.)

LUIS. (Ap. y mirando con insistencia á Nieves quo da á conocer su disgusto.) ¡La mosquita muerta! ¡parece que no ha roto un plato en su vida y... (Alto.) Señora...

NIEVES. (Inclina ligeramente la cabeza.) Adios.

LUIS. (Ap.) (Al diablo que te lleve; estas maestritas!.. (Vase.)

ESCENA XIV.

NIEVES, ANTONIA y PERICO.

ANT. (Que sale por la izquierda.) Buenos días, señorita Nieves; pues sabe usted que las señoras no están...

PERICO. (Que sale por el foro.) Pues las señoras han salido.

NIEVES. ¿Y no sabe usted si tardarán?

ANT. No sé; me pareció oirles decir que iban á San Pascuál, aquí junto, y después á tiendas.

NIEVES. (Con extrañeza.) ¡Ah! ¿Y la señorita Mercedes no ha dejado ningun recado para mí?

ANT. No, señora.

PERICO. Sí, señora. (Estas dos contestaciones deben ser dadas casi simultáneamente, produciendo su antagonismo la natural sorpresa á todos los interlocutores que se miran unos á otros.)

NIEVES. ¿Cómo?

ANT. (Mirando á Perico y consultándolo.) Al menos á mí, no me ha dejado nada dicho.

PERICO. Ni á mi tampoco.

NIEVES. ¿Entónces?

PERICO. Pero sé que la señorita Mercedes le ha escrito una carta.

NIEVES. No la he recibido. De todas maneras esperaré. (Se sienta.)

ESCENA XV.

DICHOS y ALBERTO.

Sale con sombrero puesto y abrigo al brazo.

ALB. Suceda lo que suceda, es necesario que lleve yo esta carta. (Alto y sorprendido de ver á Nieves.) ¡Ah! ¿Usted aquí, señora?

NIEVES. (Sonriendo.) Sí: lo mismo que los otros días. ¿Qué encuentra usted en esto de raro?

ALB. ¡Oh! nada seguramente. (Ap. á Perico.) (Llévate á esa chica.)

PERICO. (Á Alberto.) En seguida. (Á Antonia.) Oyes; aquí sobran dos... y no son los señoritos, conque... (Hace señal con los dedos de que se marche, vase.)

ANT. (Ap.) (Pues ahí se quedan.) (Vase.)

ESCENA XVI.

NIEVES y ALBERTO.

ALB. (Ap.) (Llegó el momento decisivo, Dios quiera que no me falte el aplomo. ¡Es asombroso lo que me gusta esta mujer!) (Alto mientras dice el aparte, deja su abrigo sobre una silla.) Señorita... (Ap.) (Pues no estoy cortado como un novicio.)

NIEVES. (Ha permanecido hojeando algunos papeles de música, sin advertir lo que sucedía en la habitación.) ¡Eh!

ALB. (En toda esta escena y hasta que el diálogo lo indique, debe mostrarse vacilante, indeciso y como sin saber lo que dice.) Mercedes va á sentir muchísimo que usted se haya molestado.

NIEVES. ¿Pues?

ALB. Hoy no le será posible dar lección.

NIEVES. Ya, y...

ALB. Justamente, para dar ese recado fuí ayer á casa de usted.

NIEVES. ¿Sí? (Con marcada incredulidad.)

ALB. Sí.

NIEVES. (No muy convencida.) ¡Bah! pues haberlo dicho.

ALB. ¿Y cómo? si no tuve el gusto de ser recibido. (Una ligera pausa. Nieves no contesta y Alberto, después de esperar un momento su contestación, sigue.) Desgracia que me ha ocurrido ya varias veces.

NIEVES. ¡Ah! ¿Usted fué varias veces á llevarme el recado?

ALB. (Ap.) (Es de cuidado esta muchacha. No perdamos la serenidad.) (Alto.) No, señorita; en otras ocasiones fuí por mi cuenta, y deploraba yo, por mí solamente, no ser recibido.

NIEVES. (Sencillamente.) No recibo visitas.

ALB. Me lo explico, señora: pero yo—quizás excesivamente vanidoso—acariciaba la ilusión de no ser tratado como un cualquiera; soy conocido de usted, primo de Mercedes...

NIEVES. De esa regla no están esceptuados los primos de mis discípulas.

ALB. ¿Y habría algo de extraño en que usted recibiese á sus amigos?

NIEVES. Nada absolutamente; pero sí hay una grandísima dificultad.

ALB. ¿Cuál?

NIEVES. Que yo no tengo amigos.

ALB. (Con cierto aire de Tenorio.) ¿Y no podría yo ser el primero?

NIEVES. ¡Oh! no: ni el primero ni el último. Yo no los tendré nunca.

ALB. ¿Pero por qué? ¿Qué habría de extraño? todas las señoras...

NIEVES. (Como dejándose arrastrar á pesar suyo por la amargura de sus pensamientos.) Á nosotras nos están vedadas muchas cosas que son usuales y corrientes... lo que en otras no llama la atención, en nosotras se censura.

ALB. ¿Y por qué esa injusticia?

NIEVES. ¿Lo sé yo acaso? Preocupaciones... hábitos... manías, lo que fuere... serán injustas; pero no podemos luchar contra ellas (Pausa.)

ALB. (Ap.) (Decididamente pierdo terreno. Si Luis me oyese, ¡cómo se burlaría de mí!)

NIEVES. (Como desechando tristes pensamientos.) ¿No hablaba usted de un recado de Mercedes?

ALB. Sí. (Saca la carta y se la da.) Esta carta.

NIEVES. (Lee.) Pero esta carta es de hoy.

ALB. Efectivamente.

NIEVES. Me pareció oir que ayer la llevaba.

ALB. (Cortado.) ¿Ayer? Es cierto. Ayer... pero es que ayer no llevaba carta. . era simple recado (Ap) (No te aturdas, Alberto:)

NIEVES. (Leyendo.) «Queridísima profesora y amiga: En consejo de familia, solemnemente celebrado *hoy*.» (Recalca la palabra hoy.)

ALB. (Con desasosiego.) ¡Hoy!

NIEVES. (Leyendo.) «Celebrado hoy entre mamá y yo, acabamos de resolver.» (Ap.) (¡Pobre muchacho!)

ALB. (Ap) (¡Acabamos! ¡Qué oportuna ha estado mi primita en la elección de los vocablos.)

NIEVES. (Continúa leyendo.) «Acabamos de resolver unánimemente salir al encuentro de papá á la estación de Avila.» (Sigue leyendo bajo.)

ALB. (Ap.) (Bonito papel estoy haciendo.)

NIEVES. (Levantándose y como disponiéndose á salir.) Está bien.

ALB. ¿Pero se va usted? ¿Y así?

NIEVES. (Séria.) ¿Cómo?

ALB. Sin darme al menos una esperanza.

NIEVES. (Altiva.) ¿Esperanza?

ALB. Esperanza, sí, de que algún día podré, (Conteniéndose ante una mirada de Nieves.) podré conseguir que me llame su amigo.

NIEVES. Ya he dicho á usted que eso no es posible. Beso á usted la mano. (Hace ademán de irse.)

ALB. (Colocándose delante y perdiendo poco á poco su serenidad.) Lo que no es posible, lo que no será, porque yo no quiero que sea.... es que usted salga de esta casa sin haber escuchado lo que tengo necesidad de decirle.

NIEVES. ¿Qué es esto?

ALB. (Animándose.) Esto es, que yo amo á usted, Nieves.... (Ya me disparé.) (Trata de tomarla la mano.)

NIEVES. (Retirando la mano con dignidad.) Caballero, me parece que está usted loco.

ALB. Pareceré loco... no me importa, lo soy; sí lo soy, porque como un loco la idolatro.

NIEVES. Basta ya. (Trata de salir y Alberto se interpone.) Llamaré á los criados.

ALB. No lo hará usted, Nieves; no lo hará usted, porque eso produciría un escándalo, y en el escándalo.... no sería yo quién perdiese.

NIEVES. Es indigno eso que usted dice.

ALB. (Arrebatándose más y más.) Será indigno, corriente, será.. ¿que sé yo? ¿sé yo por ventura lo que digo ni lo que hago? yo solamente sé que amo y que es preciso que usted me oiga. ¡Cómo! espero con ánsia durante muchos dias. esta ocasión de encontrarme á solas con usted ¿y habria de dejarla huir sin decirla todo lo que hay aquí dentro de entusiasmo, de adoración? ¡Oh! Nieves, yo no pido ya ser correspondido, pido solamente ser escuchado.

NIEVES. Y yo no puedo ni quiero escuchar á usted. Me ha parecido usted un loco; ¡Oh! no llegue usted á parecerme un infame.

ALB. ¡Infame!

NIEVES. Infame, sí: abusar de la triste posición y del desamparo en que las circunstancias colocan á una mujer honrada, para obligarla á escuchar declaraciones á las que no ha dado ni dará pretexto, es algo más que infame, es odioso, (Con desprecio.) es repugnante.

ALB. (Con violencia.) Señora

NIEVES. Basta. Déjeme usted salir...

ALB. (Colocándose delante.) No.

NIEVES. (En voz alta.) Lo que usted hace, Alberto, es una villanía de que nunca le habria creido capaz. (Llorando.)

ALB. Nieves, perdone usted si la he ofendido; el amor...

NIEVES. Amor... (Con amargura.)

ESCENA XVII.

DICHOS, D. JÁIME.

JAIME. ¿Qué sucede aquí?

ALB. (Ap.) (¡Mi padre! Todo se fué al demonio.)

NIEVES. (Enjugando sus lágrimas y procurando contener sus sollozos.) (Ap.) ¡(Humillada, ofendida!... y por él.)

JAIME. (Á Alberto.) Para el caballero bien nacido, es sagrada toda mujer; para tí, óyelo bien, esta señora debe ser doblemente sagrada.

NIEVES. Gracias, señor. (Hace ademán de salir.) Adios.

JAIME. Un momento, señora, usted no debe salir de aquí de ese modo.

NIEVES. Sín embargo, saldré, y saldré para siempre. ¡Para siempre!

JAIME. La noble, la digna viuda de Cósme del Vall, no ha de abandonar con enojo y ofendida esta casa... yo...

NIEVES. (Interrumpiéndole.) No más, caballero. No soy quien usted se figura...

JAIME. No es usted la viuda de Vall.

NIEVES. (Con firmeza.) No.

JAIME. (Asombrado y brusco.) ¿Cómo que no? Pues entonces, ¿quién es usted?

NIEVES. Si usted tiene interés en saberlo, yo no tengo empeño en ocultarlo. Diré á usted quien soy; pero no aquí, donde no puedo permanecer un momento más.

JAIME. (Inclinándose y abriéndola paso.) Está bien. Espero que me dispensará usted el honor de recibirme en su casa.

NIEVES. Sí. (Vase dirigiendo una mirada de desconsuelo á Alberto.)

ESCENA XVIII.

D. JÁIME y ALBERTO.

JAIME. (Pensativo.) ¡No es ella! ¡Sí es ella!

ALB. (Tímidamente.) ¿Pero Nieves es la viuda de mi hermano?

JAIME. (Como volviendo en sí y con mucha dureza.) No lo sé, ¿y qué importa? Séalo ó no, te has conducido con ella como un miserable.

ALB. Padre.

JAIME. Basta, no me hables; tu voz me hace daño. Soy hombre, he sido joven y arrebatado y violento. Lo comprendo todo, lo excuso todo, hasta los brutales arranques de la pasión; lo que no puedo perdonar es que un hijo mío no haya sabido respertar la desgracia de esa pobre niña...

ALB. Yo pensé...

JAIME. ¿Pensaste que con una mujer sola, abandonada, indefensa; podías atreverte á todo? ¡Brava hazaña! Digno proceder de villano.

ALB. *¿Cómo imaginar?... (1)

JAIME. *Es claro. ¿Cómo imaginar que una mujer que trabaja *sea virtuosa y digna? Tú creías buenamente que si *esa mujer, joven y hermosa, consagraba sus mejores *años á las duras tareas de la enseñanza, si se exponía *diariamente á ser víctima de los atrevimientos estú-*pidos de vanidosos y nécios como tú, lo hacía por gus-*to, acaso con el fin de buscar aventuras? Es claro, *creer en estos tiempos en la virtud de la mujer, es *ráncio, es ridículo; propio solamente de viejos cho-*chos como yo. ¡Hombres honrados! ¡Mujeres vir-*tuosas! ¡Bah! eso ya no se estila. Los únicos séres *verosímiles para estos majaderos son raquíticos per-

---

(1) Tanto en éste acto como en el siguiente se han señalado con asteriscos los párrafos que pueden ser suprimidos en la representación, á fin de darla más rapidez.

*sonajes de su literatura enfermiza. Hombres débiles y *achacosos, á los veinticinco años, ni se explican las *fuerzas físicas, ni comprenden las energías morales.

ALB. Pero, padre, yo.

JAIME. Ya he dicho que no quiero oirte. No tiene excusa, no tiene perdón lo que habeis hecho con esa pobre mujer, tú y tu prima Mercedes.

ALB. ¿Mercedes? (Como disculpándola.)

JAIME. Mercedes, sí señor, Mercedes; no te hagas de nuevas ahora: si Mercedes hubiera estado aquí como era su deber...

ESCENA XIX.

DICHOS, MERCEDES y DOÑA JUANA.

MERC. Tío, muy buenos días.

JAIME. (Seco.) Felices.

MERC. Me ha parecido que hablaba usted de mi. (En tono chancero.) De seguro no era para cosa buena.

JUANA. (En tono agresivo.) No sé que tu tío tenga que decir de tí nada malo.

JAIME. Juana, hazme la merced de dejarme en paz; no está el horno para bollos.

JUANA. (Remedándole.) Jáime, hazme la merced de no marearme con tus adefesios. Vaya, hombre. No parece sino que me importa á mí algo de tus bollos ni de tus hornos.

MERC. Vamos, mamá: sabes que tenemos que arreglar algo para salir pronto.

JAIME. Valiera más que esas cosas que están por arreglar, las hubieses arreglado antes.

MERC. (Sorprendida.) Pero, tío.

JAIME. Pero, sobrina; así hubieras podido estar aqui y recibir á Nieves que sólo ha encontrado en casa para hacerla los honores al tronera de mi hijo: eso no está bien, esa no es manera de tratar á las gentes.

JUANA. ¿Pretendes dar á mi hija lecciones de buena crianza?

JAIME. ¿Y por qué no habia de dárselas yo, cuando los que tienen obligación de hacerlo no lo hacen?

JUANA. ¿Dices eso por mi?

JAIME. Cabalmente.

ALB. Pero, papá, ¡por Dios! repara...

JAIME. Calla tú, trasto. De sobra he reparado, y por eso...

JUANA. ¿Por eso qué?... Acaba.

JAIME. Nada. Por eso ha sucedido lo de hoy. Como en esas cabezas frívolas inculcais la idea de que no merece atenciones ni respetos el trabajo de la mujer, dejais expuesta á una señora, por mil conceptos digna y respetable, á las osadías de un muchacho nécio y desvergonzado.

MERC. (Á su primo en tono de reconvención.) ¡Alberto!

JUANA. ¿Has concluido ya?

JAIME. He concluido... Por ahora.

JUANA. Y creo que por siempre. Esto ya no es tolerable: por fortuna, llega mañana mi marido y él pondrá coto á tantas impertinencias. Si yo educo mal á mi hija, no es á tí á quien debo dar cuenta, sino á su padre. Bien ó mal educada nunca me ha dado motivo para que yo la trate como tú mismo tratas á tu hijo, á quien tan admirablemente has educado.

JAIME. (Exajerado.) Porque á mí no me ciega el amor de padre y...

JUANA. Hemos concluido. Cuando Cárlos llegue, yo sé lo que debo hacer.

JAIME. También yo. Y no esperaré á que llegue Cárlos: hoy mismo salgo de aquí con el firme propósito de no volver.

JUANA. Aplaudo tu determinación. Es lo primero bueno que te oigo decir en cuatro meses.

JAIME. Lo celebro.

JUANA. Vamos á dejar esto, niña. (Vanse.)

ESCENA XX.

D. JÁIME, ALBERTO.

JAIME. ¡Ah! Si estuvieras casada conmigo, ya sé como te habría arreglado á tí y á la niña, aunque la niña necesita menos arreglo que la madre.

ALB. Pero ¿es de veras que nos vamos?

JAIME. Ahora mismo. Mañana vendré á que Cárlos se haga cargo de todo, y pasado mañana á Barcelona... Esta sociedad de holgazanes, no es para mi génio. Ve á recoger tus papeles. Cierra tu pupitre y vamos.

ESCENA XXI.

D. JÁIME y LUIS.

LUIS. Don Jáime, don Jáime ¿no sabe usted lo que sucede?

JAIME. (Con mal humor.) ¿Qué ocurre?

LUIS. Vengo muerto

JAIME. (Ap.) (No se perderia mucho). (Alto.) ¿Por qué?

LUIS. ¿No se nombra *Mercedes* el vapor en que regresaba don Cárlos?

JAIME. (Sorprendido.) ¿Si, por qué?

LUIS. Porque se ha ido á pique.

JAIME. Jesús... ¿Qué dice usted?

LUIS. Acabo de saberlo en este mismo momento. Lea usted. (Le dá un periódico.)

JAIME. (Leyendo.) «El Vapor *Mercedes*, procedente de Liverpool «se ha ido á pique.» (Se pasa la mano por los ojos y vuelve á leer.) «Se ha ido á pique.» (Hablado.) ¡Qué horrible desgracia! «Cuantos esfuerzos se han hecho para salvar á la tripulación han sido inútiles.» (Rato de pausa que se deja á la discreción del actor.) ¡Pobre Cárlos... y sobre todo, ¡pobres mujeres! ¿Qué vá á ser de ellas?

LUIS. ¿Pero esa desgracia?...

JAIME. Es la ruina, la completa ruina de la casa...

LUIS. (Ap.) (Pues nos hemos lucido.) (Alto.) ¿Será necesario decir á Doña Juana?...

JAIME. De ningún modo; eso sería una imprudencia: yo debo primeramente enterarme bien... iré al Ministerio... procuraré averiguar... y de todas maneras... es necesario prepararlas... despacio... el golpe es demasiado rudo...

LUIS. (Ap.) (Vaya, aquí sobra uno.) (Alto.) Nada, pues yo dejo á usted, señor don Jáime. En estos trances, los testigos extraños sólo sirven de estorbos.

JAIME. Corriente: adios. (Con frialdad.)

LUIS. Por otra parte, yo estoy tan conmovido que no podria disimular. (Ap.) (No paro de correr hasta... ¡Maldito naufragio.) (Alto.) Usted me excusará!...

JAIME. Si, señor, sí; pero váyase usted pronto y déjeme en paz.

ESCENA XXII.

DICHOS y ALBERTO.

ALB. ¿Te vas?

LUIS. Sí.

ALB. (Ap. á él.) (Que no te olvides de los tres mil reales.)

LUIS. Vete al infierno, querido amigo mio. (Toma el abrigo de Alberto y se va.)

ALB. ¡Eh! (Espantado.) ¿Qué le pasa á ese chico? ¿Se habrá vuelto loco? (Á D. Jáime.) ¿Nos vamos?

JAIME. No: calla.

ALB. (Ap.) (Pues señor, no lo entiendo. (Dando vueltas al abrigo.) Pero, ¿qué diablo de abrigo es este? Es el de Luis que se ha llevado el mio. (Gritando.) Luis, Luis.

JAIME. (Deteniéndolo.) ¿Te quieres callar con doscientos diablos?

ALB. Si es que se ha llevado mi gabán.

JAIME. Calla te digo.

ESCENA XXIII.

DICHOS, MERCEDES y DOÑA JUANA.

MERC. Adios, tío: ya sabe usted que en el *exprès* salimos para Ávila... al encuentro de papá. Es una sorpresa que él no espera.

JAIME. (Ap.) (¡Pobre niña!) (Procurando dominarse.) Sería conveniente que se aplazara ese viaje.

JUANA. ¿Cómo aplazarlo? ¿por qué causa?

JAIME. Porque Cárlos se ha detenido en la Coruña y ha de permanecer allí unos dias.

JUANA. ¿Pero cuando se ha sabido eso?

JAIME. Un telegrama... lo anuncia... esta mañana lo recibimos... y...

JUANA. Pues podias haberlo callado un rato más.

JAIME. (Ap.) (¡Pobres mujeres!) (Alto.) Ha sido un olvido... (Mercedes distraida y, como para entretenerse, se acerca á la mesa y pretende tomar el periódico dejado allí por Luis. D. Jáime al advertirlo, coloca violentamente la mano sobre el papel.) Deja eso ahí.

MERC. (Asombrada.) ¡Ay!... ya lo dejo.
(Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración de los anteriores.

ESCENA PRIMERA.

ANTONIA y PERICO.

ANT. (Sale con una carta en la mano por la puerta de la izquierda y se dirige hacia el foro.) ¡Otra embajada!

PERICO. (Sale por la puerta del escritorio.) ¡Alto! á la Autoridad. (En son de broma.)

ANT. (Asustada.) ¡Ay! (Retrocediendo.) ¡Qué bromas tan estúpidas tienes!

PERICO. ¿Eres asombradiza?

ANT. Soy lo que á tí no te importa; pero cuando una va descuidada...

PERICO. Desengáñate, hermosa, aquí no puede una descuidarse. (Transición.) Y vamos á ver, ¿has averiguado algo?

ANT. Ni esto. (Ademán característico.) ¿Y tú?

PERICO. Pues idem. Es decir... yo sé... yo noto...

ANT. ¿Y qué es lo que notas?

PERICO. En esta casa ocurre algo que no es natural.

ANT. Bien, ¿pero qué?

PERICO. Eso es justamente lo que ignoro.

ANT. ¡Bah! (Encogiéndose de hombros.) Entonces... Yo solamente puedo decirte que ayer todo era aquí alegría y preparativos de fiesta, de pronto, como hacen en las comedias de magia, combió la decoración, y la señorita y la señora no dejan de llorar. Por eso digo: lo que sucede no es bueno. (Cambiando de tono.) Casi me alegro.

PERICO. Muchacha. (Con extrañeza.)

ANT. Si me queda otra, que Dios me mate. Y no por la señora, no; ella es rara y empalagosa y todo lo que se quiera, pero la trata á una, vamos... con ciertos miramientos... La señorita... te digo que me tiene hasta aquí... ¡tan remilgada! presumiendo siempre de bonita.

PERICO. No, pues mira, en eso no le falta la razón; es una real moza.

ANT. ¡Real moza! Las hay mejores.

PERICO. ¿Lo dices por tí?

ANT. Lo digo por quién me dé la gana.

PERICO. Vamos, mal génio, no te enojes. Es necesario que nos enteremos de... de lo que pasa. Aunque yo barrunto que no sucede nada malo, y ¿sabes tú por qué? porque don Luis no deja la ida por la venida, y cuando él viene y vuelve á venir...

ANT. De manera es que sí está enamorado de la señorita.

PERICO. ¿Él? ¿Te quieres callar? Cualquier dia se enamora el señorito Luis. Él vá siempre á su negocio derecho. Es muy listo.

ANT. (Ap. á Perico.) Ahí le tienes.

PERICO. (Ap. á Antonia.) Con esta, son seis veces las que ha venido desde ayer.

ESCENA II.

DICHOS y LUIS.

LUIS. (Á Antonia.) ¿Las señoras están visibles?

ANT. Si el señorito quiere, lo preguntaré.

LUIS. En todo caso, suplico á usted que haga presente mi venida.

ANT. Descuide el señorito. (Vase)

ESCENA III.

LUIS y PERICO.

LUIS. Parece lista esta muchacha.

PERICO. No es tonta del todo...

LUIS. Y si tú te encargas de amaestrarla.

PERICO. ¡Pche! se hace lo que se puede. (Pausa, cambio de tono.) Voy á pedir un favor al señorito.

LUIS. Si puedo hacerlo...

PERICO. Antonia y yo sospechamos que aquí sucede algo...

LUIS. ¿Sí?

PERICO. Sí, señorito; pero la verdad es que estamos completamente á oscuras... y es la que se dice, el que no sabe, es como el que no ve; nosotros tenemos algunos ahorrillos, poca cosa, y queremos conservarlos.

LUIS. Es muy natural.

PERICO. ¿Verdá usté?

LUIS. Y aumentarlos si viene á mano.

PERICO. Eso digo yo.

LUIS. Eso haces. Pero y el favor.

PERICO. Pues á eso voy... usted es tan listo, nada se le escapa, yo agradecería, que—como en otros tiempos—aunque no me dijese usted lo que ocurre, no soy curioso, me indicara lo que debo hacer.

LUIS. Vamos, que me pides un consejo. (Sonriendo.)

PERICO. Eso.

LUIS. (Después de pensar un rato.) Pues voy á dártelo, lo mereces. Sé que me estimas. (Ap.) (Éste puede servirme.)

PERICO. ¡Oh! lo que es eso...

LUIS. Pues suceda lo que snceda, oigas lo que oigas, tú no

dejes esta casa. Por ahora es lo que te conviene.

PERICO. (Guiñando el ojo con malicia.) Me lo había figurado.

LUIS. ¿Sí?

PERICO. Ahora mismo se lo decía yo...

LUIS. ¡Hola! pues eres mozo de penetración, porque la verdad es que aquí todos creen lo contrario...

PERICO. (Con intención.) Todos menos usted.

LUIS. Se entiende.

PERICO. Pues á la opinión de usted me atengo.

LUIS. Y no te pesará. Sabes que mis informes son seguros siempre.

PERICO. Vaya.

LUIS. (Con misterio.) Aquí se cree que don Cárlos ha perecido en un naufragio.

PERICO. ¿Sí?

LUIS. La casualidad, que ha sido siempre muy amiga mia.. (Sonriendo.)

PERICO. (Sonriendo también.) Ya lo sé.

LUIS. Me ha traido á las manos, cuando yo lo pensaba menos, la noticia de que don Cárlos ha llegado á España sano y salvo.

PERICO. (Muy contento.) Ya.

LUIS. Esto, como comprendes perfectamente, lo sabrá dentro de poco la familia; por ahora lo ignoran todos: solamente lo sabemos tú y yo... y el náufrago.

PERICO. Mil gracias, señorito.

LUIS. De manera, que el consejo te ha parecido bien.

PERICO. Perfectamente.

LUIS. (Dándole dos palmaditas en la espalda.) Ea, pues ahora vas á pagarme la consulta.

PERICO. (Algo escamado.) Pagar la...

LUIS. (Sonriendo.) Eso es: la consulta. Ya sabes que en mi sistema no entra hacer nada de balde.

PERICO. Bien, pero yo... ¿cómo?...

LUIS. (Siempre sonriendo.) Tranquilízate, hombre, se trata... (Mirando á todos lados.) se trata de Lucía...

PERICO. ¡Ah!

LUIS. (En tono sério.) Sí, amigo Perico, sí: está matándome á desazones.

PERICO. Pero, ¿no la tiene usted en San Sebastián?

LUIS. Sí: allí está: Ya comprendes que en estos momentos me convenía alejarla de Madrid.

PERICO. Pues ya lo creo.

LUIS. Cuando las cosas esten arregladas... entonces... que haga lo que quiera.

PERICO. Claro.

LUIS. Pero el caso es, amigo Perico, que desde allí me acribilla á cartas y á telegramas. (Pausa.) Oye, oye el que me entregaron anoche al salir de casa (Busca.) ¿Dónde lo puse yo? Juraría que lo metí en este bolsillo. (Renunciando á buscarlo.) En fin, es lo mismo: lo sé de memoria. Es cortito, pero sustancioso. «Tus hijos, bien: yo apurada: envía dinero inmediatamente. Si no recibo iré buscarlo. Lucía.» (Hablado.) ¡Eh! Que suavidad. La concisión del lenguaje telegráfico se adapta al carácter de la muchacha. Me parece que la estoy viendo preparar el viaje.

PERICO. (Sonriendo.) Y usted quiere...

LUIS. Pues nada: enviarla algún dinero. Poca cosa, un par de mil reales cuando más: con eso callará por ahora. Pero como en vísperas de casamiento, toda precaución es poca, no quiero enviar por mi mismo esos fondos.

PERICO. Ya estoy...

LUIS. Tú conoces mejor que un bolsista la Banca de Madrid. Á ver si á tu orden y endosada por tí á Lucía me sacas hoy mismo una letrita... para enviársela.

PERICO. Dentro de un rato la tiene usted. ¿de cuánto hemos dicho?

LUIS. (Sacando la cartera como para tomar dinero.) Pues ponla de quinientas pesetas.

PERICO. Délo usted por hecho.

LUIS. (Con sonrisa significativa.) Gracias, Perico. Eres un excelente amigo, cosa muy rara, y lo que es todavía más

raro, un servidor excelente. Cuenta con el puesto de secretario mío, cuando yo sea el amo de esta casa.

PERICO. Que lo será usted pronto. ¿Eh?

LUIS. ¡Pche! ¡Ah! Oye, y no me olvides los tres mil reales de que te hablé ayer. (Ap.) (Es necesario no romper con Alberto.)

PERICO. No los olvido. Hoy mismo se los entregaré.

ESCENA IV.

DICHOS y ANTONIA.

ANT. Las señoras esperan á usted.

LUIS. Pues hasta luego. (Á Antonia.) ¿Tienen visita?

ANT. El médico y la señora del piso segundo con su hija.

LUIS. (Sonriendo.) ¡Ah! mucha gente es: eso es casi una recepción. (Se quita el abrigo, que deja sobre la silla, da el sombrero y el bastón á Perico, se estira la levita, se atusa el bigote, se perfila un poco y dasaparece por la izquierda.) Hay que producir efecto.

ESCENA V.

PERICO y ANTONIA.

ANT. Vamos á ver si puedo llevar esta carta dichosa.

PERICO. ¿Para quién es?

ANT. Para la señorita Nieves.

PERICO. Está á dos pasos. (Con aire confidencial.) Anda, anda, hermosa, lleva la carta y no gastes mal génio, porque todo va perfectamente.

ANT. ¿Eh?

PERICO. Nada, lo que yo te decía; pero ya hablaremos.

ANT. Sí: has picado mi curiosidad. Hasta luego. (Vase.)

ESCENA VI.

PERICO y ALBERTO.

ALB. Buenos días. (Pausa.)

PERICO. Señorito Alberto, siento mucho molestar á usted! pero

á mí me apuran... el hombre aquél dice que ya no puede aguardar más.

ALB. Pues yo no he de hacer imposibles, hijo mío; todos aguardamos.

PERICO. Hoy mismo tengo yo que entregarlos.

ALB. Hasta que yo hable con don Luis, nada puede hacerse. (En tono confidencial.) En reserva: don Luis es quien ha de darme los tres mil reales.

PERICO. En confianza: á don Luis es á quien yo debo entregárselos. (Movimiento de sorpresa.)

ALB. ¿Á don Luis?... ¡Tunante! ¿No me decías que eran para el usurero?

PERICO. (Ap.) (Yo no le digo que el usurero soy yo mismo.) (Á él con misterio.) Pues ese es...

ALB. (Espantado.) ¿Ese? ¡qué atrocidad! Un muchacho tan simpático y tan *pschut* dedicarse á prestamista... ¡Qué cosas se ven! Yo comprendería que pidiese dinero prestado y... no lo pagase. Eso lo hace cualquier persona decente... pero prestarlo y cobrarlo... ¡oh! está perdido esto.

PERICO. ¿Y qué hacemos?

ALB. Pues lo mejor será no hacer nada.

PERICO. ¿Cómo nada?

ALB. Si yo te doy esos tres mil reales, ¿tú se los entregas á don Luis?

PERICO. Inmediatamente.

ALB. Eso es: Luis ha de entregármelos á mí en seguida. Pues bien. Ni yo te los doy, ni tú se los das, ni él me los da y nos quedamos como estábamos. En vez de deberte á tí ese dinero, se lo debo á Luis; lo cual para tí es mejor y para mí más cómodo. (Ap.) (¡Cualquier día se los pago!)

PERICO. (Vacilando.) Bien... pero...

ALB. (Pausa.) Además, ¿no me dijiste ayer que las prisas por deshacer el negocio las motivaba el regreso de don Cárlos?

PERICO. Sí, señorito.

ALB. Pues que se tranquilice; don Cárlos no regresa por ahora. (Ap.) (Desgraciadamente.)

PERICO. ¿Que no regresa? Vaya...

ALB. ¡Eh!

PERICO. Que sí regresará.

ALB. ¿De modo que tú no te has enterado?...

PERICO. Quien no está enterado es usted.

ALB. ¿Qué dices?

PERICO. Lo que digo, sé de muy buena tinta que lo del naufragio no resulta cierto...

ALB. ¿Lo sabes? pero, ¿cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? Vamos en seguida á tranquilizar á esta familia.

PERICO. ¡Bah! ¡Bah! Señorito, dé usted tiempo al tiempo. Yo lo sé... no necesito decir más. ¿Quién me lo ha dicho? Quién puede saberlo ¿Qué más da eso? ¿Avisar á la familia? De ningún modo.

ALB. ¿Por qué?

PERICO. Pues porque la familia lo sabrá muy pronto, y bajo mi palabra no habían de creerme, ¿quiere usted que arreglemos de otro modo nuestro asunto?

ALB. Dí.

PERICO. Ustedes tendrán fondos en San Sebastian.

ALB. Los tenemos, ¿y qué?

PERICO. ¿Por qué no me da usted una letrita sobre aquella plaza?

ALB. ¿De cuánto?

PERICO. De poco; de dos mil reales. (Ap.) (Salvemos siquiera el capital.)

ALB. (Ap.) (Después de todo se lo debo... esto da alguna espera.) (Alto.) Vaya por la letrita, ven conmigo á ver si podemos hacer algo.

PERICO. Mucho me alegraría... (Vánse.)

ESCENA XII.

LUIS solo.

Sale frotándose las manos y como muy satisfecho.

LUIS. Está ganada la batalla decisiva. Ahora vengan noti-

cias. (Mientras recoge su abrigo, el bastón y el sombrero.) Estoy satisfecho de mí mismo. Logré herir la cuerda sentimental y conmoví á Mercedes, ¡pobre muchacha! Á estas chicas despejadas y de cierta malicia se las conmueve ¡tan fácilmente!... Solicité permiso para pedir su mano: ella, agradeciendo mi desinterés y muy emocionada, se negó á concedérmela... (Riendo.) Torné á solicitar, tornó á negar... insistí con más entusiasmo y dijo... que lo pensaría... ¡Bah! cuando una muchacha dice: ¡lo pensaré! es que ya lo tiene pensado.

ESCENA VIII.

LUIS y PERICO.

PERICO. (Entregándole una letra.) Aquí tiene usted la letrita.

LUIS. Perfectamente. (Mirándola.) ¿Pusiste el endoso? Sí; pues nada, ahora mismo escribo y se la mando. Y por cierto que... vivo tan lejos... ¿no habría manera de escribir aquí? De ese modo ganaríamos tiempo.

PERICO. En el escritorio...

LUIS. En el escritorio... no me gusta. Don Jáime... no soy santo de su devoción.

PERICO. El señorito Alberto tiene su despacho, y allí...

LUIS. No está mal pensado. (Guarda la letra.) Vamos.

PERICO. Por aquí. (Señalando la puerta del despacho. Suena la campanilla.) Voy. (Vase por el foro.)

ESCENA IX.

DON JÁIME, saliendo por la puerta del escritorio, NIEVES por el foro.

JAIME. ¡Oh, señorita! (Saludándola con cariño y estrechando afectuosamente su mano.) ¡Cuánto agradezco á usted el que haya venido!

NIEVES. ¿Podía negarme? En este momento mismo recibo la carta de Mercedes, y... aquí estoy.

JAIME. Gracias.

NIEVES. Pero ¿qué ha sucedido desde ayer? Vengo aterrada Mercedes me habla de grandes desgracias...

JAIME. Sí, señorita, sí; muchas han sobrevenido de ayer á hoy. (Pausa.) La pobre Mercedes no conoce aun toda la extensión de su desdicha. No he tenido valor, no se si lo tendré para revelárselo todo. (Dándola un periódico.) Lea usted.

NIEVES. (Lee.) «El vapor *Mercedes...*» ¡Qué horror! ¡Pobre señora! ¡pobre niña!

JAIME. Á las infelices las hemos ocultado parte de la verdad. Ellas creen aun, y yo ruego á usted que sostenga este engaño por unos días, que solamente se trata de pérdida de intereses.

NIEVES. ¿Y cómo estan?

JAIME. La pobre niña ha manifestado una entereza y una serenidad que yo no esperaba; la veo triste; pero resignada y tranquila. Su madre se ha afectado más. (Con desesperación.) Y yo... yo hay momentos en que llego á dudar de la Providencia.

NIEVES. Pero ¿y Mercedes? Quiero verla, quiero decirla que he acudido á su llamamiento.

JAIME. Mercedes está al lado de su madre. ¡Oh, ella estaba muy segura de que usted vendría!

NIEVES. ¿Sí; verdad?

JAIME. Yo era quien dudaba.

NIEVES. Vamos á... (Dirigiéndose á la puerta.)

JAIME. (Deteniéndola con el ademán.) Un momento, Nieves. Pronto, en seguida, avisaremos á Mercedes; pero antes...

NIEVES. (Con extrañeza) ¿Antes?

JAIME. Es necesario para mí, acaso es conveniente para usted, que me conteste á lo que voy á preguntarle.

NIEVES. Pregunte usted.

JAIME. De la gravedad del asunto formará usted idaa notando lo que me preocupa aun en estas circunstancias. (Pausa.) Ayer me manifestó usted, señora, no ser la viuda del comandante Valls.

NIEVES. Cierto.

JAIME. Hija mía, necesito saber si al decirme eso, dijo usted verdad.

NIEVES. (*Con asombro.*) ¿Eh? Caballero...

JAIME. (*Mal humorado consigo mismo.*) Perdone usted, señora, perdone usted, ¡qué diablo! Yo, ya lo ve usted, soy un pobre hombre envejecido en los trabajos del escritorio, y no poseo esa flexibilidad de expresión que permite decir las cosas más difíciles sin asperezas... pero, créame usted, es de gran importancia lo que pregunto.

NIEVES. Pero...

JAIME. No: si tiene usted mucha razón; si la culpa ha sido toda mía. Deseo saber quién es usted, y no comienzo por decir á usted quién soy yo. Yo me llamo Jáime de Valls.

NIEVES. (*Con efusión.*) ¡Ah! ¿Es decir que usted es el padre de Cósme?

JAIME. Acabaramos, (*Con alegría.*) ese mismo soy, y usted. . y tú... ¿eres la viuda de Cósme?... ¿mi hija?

NIEVES. No. (*Con tristeza.*)

JAIME. (*Con enojo.*) ¿Pues entonces, quién es usted? (*Enseñándola una fotografía.*) ¿De quién es este retrato? Prenda única que me resta de mi querido Cósme.

NIEVES. (*Enjugándose las lágrimas.*) Este retrato es de mi pobre hermana que sobrevivió muy pocos días á su marido.

JAIME. Pues el parecido es extraordinario.

NIEVES. Sí: nos parecíamos.

JAIME. Despues la circunstancia de ser también viuda, de llamarse Nieves también.

NIEVES. No soy viuda. En la precisión de consagrarme á dar lecciones y teniendo conmigo una niña...

JAIME. ¿Y esa niña?

NIEVES. Es mi sobrina.

JAIME. De modo que vive: puedo besar á la hija de mi querido Cósme. ¿Dónde está?

NIEVES. Nunca se ha separado de mí.

JAIME. (*Estrechando su mano.*) Gracias, hija mía, gracias.

NIEVES. Por eso he pasado por viuda. No sé si hice bien al

proceder de esta manera; pero la viudez impone cierto respeto. Es una mentira con la cual á nadie perjudico y que me facilita la tarea.

JAIME. (Muy conmovido.) ¡Noble y digna mujer! desde hoy seremos dos á velar por esa niña. (Cambiando de tono.) Porque me pertenece, es mi nieta, la hija de mi pobre Cósme.

NIEVES. Bien, pero...

JAIME. Que usted no quiere separarse de ella, ¿no es eso? Me parece muy justo... pues nada, se viene usted á Barcelona con nosotros. Así acompaña usted á Mercedes...

NIEVES. ¿Á Mercedes?

JAIME. Sí; Mercedes y su madre. ¿Había yo de abandonarlas? Mi posición no me permite ofrecerlas grandezas; pero haré lo que pueda y veremos de salir adelante.

ESCENA X.

DICHOS y MERCEDES.

MERC. ¿Ha venido Nieves? (Asomando.)

NIEVES. Sí, querida niña; aquí estoy.

JAIME. ¿Cómo queda tu madre?

MERC. Está mejor.

JAIME. Pues dejo á ustedes para que con toda libertad...

MERC. ¡Oh! no, querido tío, no: lo que yo quiero decir á Nieves, puede usted oirlo; (Sonriendo.) debe usted oirlo. (En tono de súplica.) No se vaya usted.

JAIME. Bien, mujer, bien; me quedo. Quiero complacerte, ya lo sabes.

MERC. Ya lo sé; por eso es necesario que asista usted á esta conferenciu; en la cual, (Dirigiéndose á Nieves.) querida profesora, vamos á tratar cosas muy graves. (Pausa. Mercedes enjuga sus lágrimas; Nieves se manifiesta muy conmovida y D. Jáime, pensativo, se pasea por la sala, deteniéndose alguna vez cuando el diálogo lo indica para tomar parte en la conversación.)

NIEVES. (Después de una pausa, cuya duración se deja al buen juicio de

la actriz, como cediendo á un movimiento expóntaneo ó irreflexivo, toma á Mercedes ambas manos, la atrae hacia sí y la besa muy conmovida.) ¡Pobre niña!

MERC. (Con sonrisa triste.) Pobre, sí: (En tono de broma.) vaya, por fin, se realizaron los deseos de usted.

NIEVES. (Reconviniéndola dulcemente.) ¡Nieves!

MERC. Perdone usted: es una broma. Como usted me ha dicho tantas veces... Supongo que mi tío ha enterado á usted de lo que sucede. (Movimiento afirmativo de Nieves.) Sí; soy pobre: bien sabe Dios que no lo siento por mí. Por mis padres. (Ap.) (¡Y por él!) (Alto.) Lo deploro; pero lo principal es que mi padre se haya salvado, lo demás, ¿qué importa?

JAIME. (Procurando no sollozar.) (Ap.) (Voto al demonio.)

NIEVES. (Haciendo esfuerzos para no llorar.) (Ap.) (¡Desdichada!) (Pausa.)

MERC. Pues bien, querida Nieves, vamos á nuestro asunto. (Mirándola atentamente.) Se trata... (Sonriendo con cierta timidez.) no vaya usted á burlarse de mí... quiero trabajar...

NIEVES. ¿Usted?

MERC. Si puedo atenuar en algo la desgracia que agobia á mi familia, ¿por qué no he de hacerlo?

NIEVES. (Medio convencida.) Eso es verdad.

MERC. ¿Qué le parece á usted esta determinación?

NIEVES. Muy noble, muy digna.

MERC. ¿Y podré realizarla?

NIEVES. Todo puede realizarse con buen deseo y voluntad firme.

MERC. Buen deseo me sobra; voluntad no ha de faltarme. Temo, sin embargo... (Transición.) mi buen tío que ahora se pasea para que no le veamos llorar.

JAIME. (Bruscamente.) ¡Bah! no digas bobadas, chiquilla.

MERC. Bueno, pues mi buen tío que sigue paseando, para hacer ejercicio, (Sonriendo.) me desanima, me descorazona.

JAIME. ¿Yo?

NIEVES. ¿Él?

MERC. (Al tío.) Sí, señor. (Á Nieves.) Sí, señora. Usted, él. Mi tío, que es muy bueno, inmejorable, pero muy descontentadizo, aplaude mis intenciones; pero piensa que yo no sirvo para nada. Puede ser que tenga razón.

JAIME. (Protestando.) No exageremos. Yo no he dicho eso.

MERC. Poco menos.

JAIME. ¡Poco menos! ¡poco menos!... Consecuencias de no habituarse desde pequeños á oir la verdad. (Dirigiéndose á Nieves.) Mi sobrina, usted lo ve, tiene un corazón excelente, y nobles, muy nobles intenciones. ¡Oh! eso sí: y yo las aplaudo, y yo estoy orgulloso de tenerla por sobrina. (La abraza.)

MERC. Vamos, tío; bueno que usted llore; pero no me haga usted llorar á mí. Va á parecer esto un valle de lágrimas. ¡Cuántos rodeos para decir que no puedo hacer nada!

JAIME. ¿Y qué has de poder tú, pobre ángel, contra este golpe del destino?

MERC. Ya lo he dicho, trabajar.

JAIME. ¡Trabajar! ¡trabajar! Eso se dice fácilmente; pero ¿cómo se hace? (Sigue dirigiéndose á Nieves.) (1) *¡Oh! y *cuente usted que mi sobrina es lo que ahora llaman *una señorita bien educada. Sabe... ¡vaya usted á con-*tar lo que sabe! Un poquito de idiomas; italiano, fran-*cés, inglés, y me parece que tiene hasta alguna no-*ción de castellano; otro poquito de geografía, algo de *equitación, *alguna tintura de historia*, principios de *baile: dibuja un poco, borda otro poco... (Movimiento de *Mercedes.) No es esta ocasión de cumplidos, hija mía; *nunca fuí aficionado á ellos; ahora menos que nunca: *todos esos poquitos... sirven y valen para que los *aplauda la mamá y la familia los celebre; pero *nada más.

(1) Suprimido en la representación.

MERC. *(Á Nieves.) ¿Lo oye usted? (Llorando.) ¡Oh! tío; es usted *demasiado severo; eso no está bien. Ya ve usted que *me aflije. ¿Qué culpa tengo yo de no saber más?

JAIME. *(Acariciándola.) No llores, Mercedes; no llores. Ya sabes *que no puedo dominar mi carácter... ¿Qué culpa has *de tener tú?

NIEVES. *(Acariciándola.) Muy al contrario.

JAIME. *¿Y quién ha de ser tan malvado ó tan idiota, que te *culpe á tí de lo que ni tú ni yo pódemos evitar? ¡Ah! la educación, ¡la educación! Vea usted. Nuestros abuelos educaban á sus hijas para que fuesen mujeres: ¡pche! era su sistema. Nuestros nietos, según las señales, educarán á las suyas para que sean hombres; será otro sistema. Nosotros no tenemos sistema. El uno, por viejo, nos parece ridículo; el otro, por nuevo, nos parece atrevido.. Nuestras hijas ya no son mujeres; pero todavía no son hombres. Y sin embargo, es necesario decidirse por lo uno ó por lo otro: por lo pasado ó por lo porvenir. Lo presente es lo que no puede aceptarse. (Pausa.)

MERC. Ya ve usted, que las opiniones de mi tío son para desanimar á cualquiera. Yo, sin embargo, he recordado su benevolencia para conmigo, y he querido consultarla; (Sonriendo.) algo más: pedirla consejo; (Cariñosa é insinuante.) todavía más, solicitar su apoyo.

NIEVES. Mi apoyo y mis consejos han de servir á usted muy poco; pero cuente usted con ellos.

MERC. (Dándola las manos con efusión.) Con ellos contaba; gracias, Nieves. Mi corazón no me ha engañado nunca. (Pausa. Mercedes vacila y continúa con timidez.) Nieves, muchas veces ha elogiado usted lo que llamaba mis felices disposiciones para la música... ¿pareceré á usted muy loca si pretendo utilizar esas disposiciones? (Movimiento de Nieves.) Hábleme usted con franqueza; se lo ruego, como hablaría á una hermana. Sin temor á ofenderme, sin miedo á desalentarme. Á todo estoy dispuesta; puedo oirlo todo.

NIEVES. Mi opinión, hija mía, es hoy la misma que ayer; creo que tiene usted en esa cabeza y en estas manos una fortuna.

MERC. (Muy alegre.) ¿De veras cree usted eso? ¿No lo dice usted por animarme?

NIEVES. ¡Oh, no, querida niña, sabe usted que lo he dicho siempre; digo lo que siento!...

MERC. De manera que podré... ¿Oye usted esto, tío?... podré dedicarme...

NIEVES. Á ser concertista. Usted puede serlo. Usted debe serlo. Será necesario para esto trabajar mucho, mucho, muchísimo... convendrá pasar algún tiempo estudiando en París ó en Roma; porque para dar conciertos, hija mía, hay que salirse de lo vulgar, hay que elevarse mucho sobre las medianías.

MERC. (Como abatida.) Pero ¿en todo eso habrá de emplearse mucho tiempo?

NIEVES. Con perseverancia, con estudio asíduo y constante, con empeño decidido, usted podría llegar á ser concertista notable en... cinco ó seis años.

MERC. (Con desaliento.) ¡Seis años! ¿Podemos esperar seis años? (Á D. Jáime.)

JAIME. Nuestros recursos, por desgracia, no dan para ese aplazamiento.

MERC. (Á Nieves.) Ya lo oye usted: no puedo esperar tanto: no extrañe usted mi insistencia, Nieves. ¿No podría yo dedicarme desde ahora mismo á dar lecciones?

NIEVES. (Amargamente.) Querida niña, usted me ha pedido un consejo...

MERC. ¿Y ese consejo?

NIEVES. Es el que he dado ya. No conviene á usted de ninguna manera dedicarse á dar lecciones. Y ademas, (Sonriendo.) además (Como si vacilase.) todavía no está usted bastante adelantada para darlas: aunque podría usted estarlo pronto.

JAIME. Tiene razón.

MERC. Y sin embargo... yo creo que sería lo más sencillo por ahora.

NIEVES. (Con amargura.) ¡Sencillo! ¡Cuántas veces lo que parece más sencillo es lo más difícil de realizar! ¿Dar lec- *ciones?... ¿Y dónde buscaría usted sus discípulas? Las *familias pobres no pueden pagar ésos lujos... habría *usted de buscarlas entre sus amigas de ayer, entre *personas á quien acaso, sin usted quererlo, ni adver- *tirlo, ha ofendido con el lujo de su traje, ha mortifica- *do con su opulencia. ¡Ay! ¡Á cuántas y cuán dolorosas *humillaciones someterían á usted esas sus antiguas y *cariñosas amigas! ¡Qué crueles martirios le harían su- *frir!... ¡Oh! Sí, tanto más crueles, cuánto más veladas *aparecían por la máscara del afecto y de la compasión.

MERC. *Pero usted...

NIEVES. *¿Yo?... ¡ah! no hablemos de mí. Es muy diferente. Na- *die me conoce: nadie me ha visto en más elevada po- *sición, y sin embargo... si aún estuviese á tiempo de *retroceder... Dios sabe que retrocedería.

MERC. Pués yo no retrocedo: ¡bah! ustedes no me conocen bien todavía: soy mucho más animosa de lo que parezco.

JAIME. (Enjugándose los ojos.) ¡Pobrecilla!

NIEVES. (Estrechando sus manos.) ¡Hermosos y nobles sentimientos los de usted!

MERC. ¿Y está usted conforme?

NIEVES. ¡Oh! no: desgraciadamente, no puedo estarlo.

JAIME. No podemos estarlo, hija mía.

MERC. Pero ¿por qué? (Impaciente.)

JAIME. Porque no, hija, porque no.

MERC. Pero, tío, eso no es una razón.

NIEVES. ¿Y qué otra podemos dar á usted? Habla por mis lábios, una experiencia triste, dolorosísima; el ejercicio del profesorado presenta para una niña como usted dificultades insuperables; peligros, que no puede usted comprender.

MERC. Dificultades, peligros... ¿pero cuáles?

NIEVES. El mundo dirá...

MERC. El mundo... ¿y qué me importa lo que el mundo diga, si con mi trabajo logro aliviar la desgracia de mi familia? El mundo aplaudirá mi empresa y me ayudará á realizarla, y si no me aplaude ni me ayuda, tanto peor para el mundo. Eso probará que yo valgo mucho más que él.

NIEVES. (Abrazándola.) ¡Bravo, hija mía, admiro ese noble entusiasmo de su corazón puro, angelical! ¡Ah, qué pronto las frialdades de la realidad apagarán ese fuego del alma! y...

ESCENA XI.

DICHOS y ANTONIA.

ANT. Señorita Mercedes.

MERC. (Sobresaltada.) ¿Ocurre algo?

ANT. Nada: la señora preguntaba por usted.

MERC. Pues voy. (Á Nieves.) Dispénseme usted un momento.

NIEVES. ¡Oh! desde luego. De todos modos, yo dejo á usted ya. Nos veremos muy pronto: hoy mismo.

MERC. ¡Oh! un momento más: un momento solo, ¡mamá celebrará tanto verla á usted para darla las gracias! Voy á ver si... Vuelvo en seguida. (Se despide de Nieves, después se dirige á D. Jáime que continúa paseándose, y dándole un golpecito en el hombro.) Adios, mal génio: que me busque usted discípulas. (Vase con Antonia.)

ESCENA XII.

NIEVES y DON JÁIME.

NIEVES. Es un ángel.

JAIME. Un carácter que se ha revelado en la desgracia: parecía ayer una chiquilla ligera, atolondrada y vanidosa, hoy... (Pausa.) Cuando recuerdo que no tiene padre... que debo decírselo... decididamente no tendré

valor. ¡Oh! será necesario que usted venga en mi auxilio...

NIEVES. Haré lo que pueda.

JAIME. ¡Ah! usted por las desgracias ajenas olvida las propias: yo no puedo olvidar, no olvidaré nunca, que ha sido usted una madre para la hija de Cósme... ¡Si viera usted qué deseos tengo de besar á mi nietecilla, de tenerla á mi lado! Creo que su presencia me prestaría valor, de que tanto necesito en estos momentos. ¿No podríamos verla ahora mismo?

NIEVES. Nada más fácil. (Sonriendo.)

JAIME. ¿Á qué es bonita?

NIEVES. Sí.

JAIME. Hemos quedado en que la niña es mía (Movimiento de Nieves.) y en que usted se viene con nosotros.

NIEVES. Pero.

JAIME. No hay pero que valga: tengo mi plan... ya se lo comunicaré á usted... y me parece que ha de aprobarlo. Por supuesto que yo no dejo á Mercedes dar lecciones... No faltaba más... Nada, voy á dejar trabajo á los chicos y en seguida nos vamos á buscar á mi nieta. Es necesario que entable relaciónes de amistad con su abuelo. (Vase.)

ESCENA XIII.

NIEVES y ALBERTO.

ALB. (Hablando á Luis que se supone dentro.) Nada, querido Luis, si no dejamos de charlar, no acabarás nunca tu carta. Ahí te dejo dueño de mi despacho. (Viendo á Nieves. Ap.) (¡Ah! ella aquí.) (Alto.) Señorita.

NIEVES. (Muy séria.) Buenos días.) (Rato de pausa.)

ALB. Sospecha papá, que es usted la viuda de mi hermano... ¿Es cierto?

NIEVES. No, señor: Soy hermana de la viuda.

ALB. (Con cierta satisfacción.) De todas maneras somos parientes.

NIEVES. (Desarrugando el ceño.) Algo.

ALB. ¡Bien haya mil veces el parentesco! si alcanza que usted olvide y perdone mi locura de ayer.

NIEVES. (Séria, pero sin enojo.) Está olvidada ya.

ALB. ¿Y perdonada?

NIEVES. (Como vacilando.) Perdonada también.

ALB. Gracias, Nieves. Es usted tan buena como hermosa... y no digo que más, porque eso es imposible.

NIEVES. (Séria.) He dicho que la escena de ayer está olvidada. Con toda mi alma agradecería á usted que no me obligase á recordarla...

ALB. Pero, Nieves, por Dios... si es...

NIEVES. Dejemos esta conversación; se lo suplico.

ALB. Bien; pero convengamos en que es usted demasiado severa.

NIEVES. Mi profesión lo exige.

ALB. Y muy altiva.

NIEVES. Mi posición lo justifica.

ALB. Y cruel como...

NIEVES. Eso no: jamás lo he sido, no lo seré nunca.

ALB. Y sin embargo, ve usted, tranquila, indiferente, que se mueran de amor...

NIEVES. (Con más severidad.) ¿Otra vez?

ALB. Y otras ciento, (Movimiento de Nieves.) Pero Nieves, ¿qué ha de hacer el infeliz que está enamorado de usted?...

NIEVES. La mejor prueba de amor que puede darme, es no decirlo.

ALB. Y si no lo digo, ¿cómo lo sabrá usted?

NIEVES. Alberto; yo doy lecciones de piano; de eso sé algo. De amor no entiendo una palabra, pero creo que quien ama... si ama de veras... sabe hallar la manera de manifestarlo sin ofender á la que ama. (Como arrepentida de lo que ha dicho baja la vista ruborosa.)

ALB. ¿Es decir, que puedo esperar?...

NIEVES. Quédese esto aquí: tal vez he dicho más de lo que debía.

ALB. Me basta con eso para creerme dichoso. (Con timidez.)

Nieves, ¿me permite usted estrechar su mano?

NIEVES. Sí. (Le dá la mano.)

ALB. ¿Cómo amigos?

NIEVES. Como parientes.

ALB. (Estrechándola con efusión.) ¡Ah! Gracias.

ESCENA XIV.

DICHOS y MERCEDES.

MERC. Bravo. Esto me indica que ya están firmadas las paces. Lo celebro por tí, primo. (Á Nieves.) Mamá desea saludar á usted. Sale inmediatamente y me envía para suplicar á usted que la espere.

NIEVES. Con mucho gusto.

ESCENA XV.

DICHOS y D. JAIME, en traje de calle.

JAIME. Conque, ¿vamos á ver á esa niña?

NIEVES. En seguida: así que yo haya saludado á Doña Juana.

MERC. ¿Y qué niña es esa, tío?

JAIME. Pues mi nietecilla. La hija de mi buen Cósme. (Á Mercedes.) ¿Pero no sabes que tu profesora ha sido la Providencia de esa pobre huérfana? Desde hoy repartiremos la carga.

MERC. ¿Conque Nieves?...

JAIME. Nieves, decías tú bien, es una santa. Fué hermana de mi Cósme y es desde ahora mi hija. ¿Verdad?

NIEVES. ¡Oh! sí.

MERC. Vamos, ahora me explico que Alberto y ella hayan hecho las paces.

JAIME. (Á Nieves.) ¿Le has perdonado? (Movimiento de Nieves.) Guapo. (Á Alberto.) Y tú, ¿prometes no volver á las andadas?

ALB. (Con efusión.) ¡Ah, yo! (Ap. á D. Jáime.) Si usted supiese... yo... mis deseos...

JAIME. (Sonriendo.) Entiendo, aplaudo y se proveerá (Mirando á Nieves.) ¿verdad que se proveerá?

NIEVES. (Bajando la vista ruborosa.) ¡Don Jáime!

JAIME. (Á Alberto.) Tunante, no merecías tanto.

ESCENA XVI.

DICHOS, DOÑA JUANA y ANTONIA.

JUANA. (Sale apoyándose en Antonia, mostrando una carta que entrega á Mercédes.) Mercedes, hija mia, Mercedes.

JAIME. ¿Qué te pasa?

MERC. Mamá ¿te ocurre algo? (Se lanza á socorrerla. Movimiento general de alarma; todos miran y acuden á Doña Juana.)

JUANA. Nada, no es nada, hija de mi alma. (Echándose en sus brazos y llorando.) Es la alegría... la... tu padre...

MERC. ¿Mi padre?...

JUANA. Escribe.

JAIME. (Asombrado.) Eso no es posible.

JUANA. Llega mañana. (Se sienta desfallecida en una silla.) No puedo más. (Mercedes, Nieves, Antonia, Alberto, corren á auxiliar á Doña Juana. Entretanto D. Jáime toma y lee la carta.)

JAIME. Pero esto es un sueño. En salvo él; en salvo, la fortuna. (Estrechando las manos á Doña Juana y á Mercedes.) De todo corazón me alegro: hija mía.

NIEVES. Y yo con toda el alma. (Abrazando á Mercedes.)

MERC. (Correspondiendo al apretón de manos del tio.) Gracias, tío. (Dirigiéndose á Nieves.) Gracias, Nieves (Besando á su madre.) ¿Estás mejor? (Ap.) (Cuánto, cuánto me alegra esto por mi madre... y por él; ahora... puedo aceptar su generoso ofrecimiento.)

JUANA. (Reponiéndose.) Sí, estoy completamente bien. Las alegrías no matan.

JAIME. Lo extraño que aquí hay es que la carta habla de un telegrama.

JUANA. Justo: el que tú recibiste ayer, y nos lo has tenido reservado para darnos el susto. ¡Cosas tuyas!

JAIME. ¿Estás en tu juicio, mujer?

MERC. (Protestando.) Mamá, por Dios.

JUANA. Si le conozco, hija mia; ha querido darnos una leccion: como si lo viera.

JAIME. La leccion no es mala: pero no he sido yo quien...

JUANA. Pues á ver. ¿Dónde está ese telegrama? (Mirando á don Jáime.)

JAIME. Eso pregunto yo.

ALB. (Dándose una palmada en la frente.) Yo sé donde está.

TODOS. ¿Dónde?

ALB. Yo lo tengo. Anteayer lo recibí y no he vuelto á acordarme hasta ahora.

JAIME. (Queriendo precipitarse sobre él.) ¿Y lo dices así?

ALB. Pues ¿cómo he de decirlo?

JAIME. (Yendo hacia él. Mercedes y Nieves le contienen.) Voy á romperte el alma.

NIEVES y MERC. Vamos, don Jáime, perdónele usted.

ALB. (Buscando en el bolsillo del gabán y mirando con recelo á don Jáime.) Pero papá. ¿Qué culpa tengo yo de mi mala memoria? Aquí está el telegrama. Estaba seguro de haberle guardado en el bolsillo. (Saca un telegrama.) ¡Callen! está abierto: pues yo le guardé cerrado. Lo habrá abierto Luis. (Entrega el telegrama á D. Jáime.)

MERC. (Protestando.) ¿Luis?

ALB. Digo yo. Como tuvo mi abrigo algunas horas.

JAIME. (Despues de haber leido el telegrama.) Tunante. (Á Alberto.) (Movimiento general de extrañeza y de curiosidad.)

ALB. (Espantado.) ¿Eh?

JAIME. (Agarrándole de una oreja.) Ven acá, bribon. ¿Quién es Lucía? ¿Qué hijos son estos? ¿Es que te has propuesto matarme á disgustos?

ALB. Pero ¿qué dice usted, papá?

JAIME. Lee, lee y verás lo que digo. (Leyendo él.) «Tus hijos buenos.» ¿Tus hijos?

NIEVES. (Tristemente.) ¡Oh!

JUANA. (Ap.) (Nunca pude sufrir á este chico.)

JAIME. «Yo apurada; manda dinero inmediatamente. Si no, iré

buscarlo. Lucía.» ¿Lo ves? ¿Lo ves?

ALB. Bien; si lo veo; no apriete usted tanto, papá: lo veo, pero no lo entiendo. Este telegrama no es mío, ni yo... (Toma el telegrama y lee el sobre.) don Luis de Lapuerta.

MERC. (Ap.) ¡Oh! Luis. Lo merezco por nécia... habría sido capáz de amarle.

ESCENA XVII.

DICHOS y LUIS.

LUIS. (Desde dentro.) Alberto; concluí de escribir; te dejo libre tu despacho. (Estas últimas palabras las pronuncia ya en la escena y guardando sin afectación la carta.) (Ap.) (¡Demonio!) (Alto.) Señoras. (Saludando.)

ALB. (Ap.) (Y á mí me suena esa Lucía.)

LUIS. (Acercándose á Mercedes.) ¿Y cuándo se dicta mi sentencia?

MERC. (Que ha cogido el telegrama y lo conserva en la mano.) Luis... pensé sobre lo que hemos hablado.

LUIS. (Entre receloso y confiado.) ¡Ah! ¿y puedo?...

MERC. Antes de contestar, necesito ver esa carta.

LUIS. ¿Qué carta?

MERC. Esa que usted guardaba al salir del despacho ¿hay inconveniente?

LUIS. ¡Oh! ninguno... Aquí está (La da la carta.) es para una tia... persona muy respetable que...

MERC. Sí: que... (Mirando el sobre.) que se llama Lucía... y pide dinero á su sobrino. (Lee el telegrama.)

LUIS. (Confuso.) Pero...

MERC. Basta: creo inútil ya decir á usted lo que he resuelto. Todo ha concluido ante nosotros. (Luis procura convencer á Mercedes.)

ALB. (Mientras Luis y Mercedes hablan, ha estado buscando con afán el telegrama.) Aquí está.

TODOS. ¿El qué?

ALB, El telegrama verdadero... el que yo recibí. (Leyendo.) Pues tampoco es este. Qué demonio, hombre: y sin embargo, yo estoy seguro, segurísimo de que lo guardé aquí, (Á Luis.) lo tomaste tú?

LUIS. (Con ira.) ¿Yo? No digas desatinos.

ALB. Entonces ya sé quien lo tiene.

JAIME. ¿Quién?

ALB. Perico.

ESCENA XVIII.

DICHOS, y PERICO entra corriendo.

PERICO. ¿Llamaba el señor?

ALB. El amo llegará mañana.

PERICO. (Muy satisfecho y frotándose las manos.) ¿Lo ve usted? si el señorito Luis no se equivoca nunca. Lo que él dice es el evangelio. (Le mira con mucho regocijo.)

LUIS. (Ap. á él.) (Animal.)

PERICO. (Espantado.) ¿Qué dice?

MERC. (Ap. á Luis.) (Váyase usted pronto de aquí.) (Le vuelve con desdén la espalda.)

LUIS. (Ap.) (Me he lucido.) (Alto.) Señora, señorita. (Hace ademán de irse.)

PERICO. (Ap. á él.) (¿Supongo que todo marcha bien?)

LUIS. (Ap. á él.) (¡Oh! Perfectamente. Te has portado, pedazo de bruto.) (Vase.)

PERICO. (Asombrado.) ¿Qué? (Mira á todas partes.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS menos LUIS.

MERC. (Ap.) (Renuncio á querer. (Á Nieves.) Pero no renunciamos á nuestros proyectos artísticos... ¿Verdad? (Procurando mostrarse alegre.)

NIEVES. ¡Oh, no!

MERC. (Sonriendo.) Quiero ser concertista.

JUANA. Bien, bien; pero no hay que abandonar los otros estudios. Una señorita...

JAIME. (Á doña Juana.) Pero, mujer.

JUANA. (Á D. Jáime muy excitada.) Pero hombre...

MERC. (Interviniendo. Á doña Juana.) Sí, mamá. (Á D. Jáime.) Por Dios, tío.

JAIME. Tienes razón. Ya lo has visto, hija mía. La lección fué dura; pero no tanto como podría haberlo sido. ¡Ah! si hubiera pasado adelante... ya ves lo que podías prometerte y esperar de tus CLASES DE ADORNO. (Doña Juana se encoje de hombros. Nieves y Matilde hablan en voz baja. Perico y Antonia lo mismo. Mercedes trata de tranquilizar á su madre que quiere replicar. Cae el telón.)

FIN DE LA COMEDIA.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras músicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.



PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerias de España y Extranjero.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.